

que se me viniera encima este edificio ya me iba á levantar para despedirme cuando se trajo el té. Hubo con este motivo un ratito de animacion y cada uno tomó sus dos tasas con las correspondientes tajaditas de pan y manteca. La muchacha despues que tomó el té cogió de la mesa redonda dos enormes agujotas envueltas de hilo, y se puso con ambas manos á hacer con ellas como quien tira florete; por medio de estos instrumentos casi todas las muchachas inglesas se divierten en hacer objetos de tejidos pequeños, como bolsas, cofias, medias de lana; lo que ellas llaman *knitting work* (tricoter). Yo, sin embargo, no quise ya entrar en conversacion, y siendo muy tarde me despedí de la reunion pidiendo órdenes para Paris.

CAPITULO VI

Paris. — **Recuerdos e impresiones.** — **Dia de mi llegada.** — **Sus inconvenientes.** — **Columna Vendôme.** — **Palacio del Louvre.** — **Su reunion á Tullerias.** — **Lo que se lee en el pabellon Sully.** — **Museos del Louvre.** — **La Morgue.** — **Barrio latino.** — **Transformaciones.** — **Academias y Colegios.** — **Sistema de educacion.** — **Hôtel de Cluny.** — **Cementerios.** — **Edificios célebres.** — **Recuerdos históricos.**

Con una gran precipitacion salí de Lóndres el 24 de abril de 1855; ya se me figuraba que aquella inmensa metrópoli me había retenido en sus entrañas, que nunca llegaría á la capital de Francia, tal era el deseo que tenía de verla. Tomé el tren del ferro-carril, y á las pocas horas estaba en Dover; allí me embarqué en un vapor y al cabo de hora y media de pesada travesía del

canal, desembarqué en Calais, en donde despues de visar mi pasaporte tomé por ultimo los carros que á las ocho ó nueve horas me condujeron al seno de esa ciudad anhelada, de ese universo en miniatura. ¡Qué de impresiones y recuerdos asaltaron mi imaginacion ! No bien estábamos á unas tres millas de la ciudad, cuando ya me encontraba devorado por una inquietud inexplicable : el corazon me palpitaba de emocion, mi alma toda estaba conmovida. Apénas nos acercamos lo bastante para divisar distintamente la ciudad cuando me volví casi loco de alegría, mis impresiones crecieron de punto ; no sabia lo que me pasaba interiormente. No se admire el lector de esto : Paris no era para mí solamente la gran capital, era un sitio querido que me despertaba recuerdos de todas clases. Yo habia pasado en él la mayor y mas florida parte de mi juventud ; en uno de sus primeros colegios me habia educado. ¡Oh ! sí, Paris fué el teatro de mis primeras impresiones, la patria de mis quince años, donde por primera vez latió mi corazon, y donde por primera vez, supe tambien lo que es el dolor, la pena, la afliccion ! Con una mano libé la copa de la dicha ; con la otra apuré el cáliz de la amargura !

Al volver pues á esta linda ciudad en circunstancias muy diferentes, ya hombre, con posicion independiente, despues de haber domado los embates de la suerte, ¿cómo podia ver con indiferencia este precioso suelo ? Oh ! no, y así es que desazonado por llegar, con la vista recorria los parages y dominaba los lugares. Asomado á la ventana de los carros, miraba con avidez á medida que nos acercábamos, y me ponía á hacer recuerdos interiormente. Allí se alcanza á ver, me decia entre mí, las gigantescas

tórres de *Nuestra Señora* de París, la soberbia basílica que inspirara á Victor Hugo, la guardiana de los restos de Luis XIII y Luis XIV; acá se levanta magestuosa la cúpula del Panteon, de ese hermoso edificio dedicado por la patria reconocida á los grandes hombres, en otro tiempo *Templo de la Razon*, y restituido hoy al culto católico bajo la invocacion de Santa Genoveva, patrona de París. Las bóvedas del templo encierran todavía las tumbas de J. J. Rousseau, de Voltaire y de muchos senadores del primer Imperio. Al lado de Santa Genoveva me parecia descubrir el colegio de Santa Bárbara, donde hice mis estudios, con sus antiquísimas paredes, pues es el colegio mas antiguo de Europa. Acullá descubro á San Sulpicio, y me parecía oir en los aires las voces de Ravignan y Lacordaire; hacia la derecha, y allá muy lejos aun, divisaba la columna de Julio, el Genio que la domina sobre la dorada bola parece un ángel que bate sus alas hacia el cielo. En fin, las ideas se me confundian, y todo lo queria divisar á un tiempo. Cuando insensiblemente ya íbamos entrando por las barreras, el paso lento con que marchaban los carros suspendió por un momento mis recuerdos y me anunció que entrábamos en París. Efectivamente á los pocos instantes me hallaba ya en la ciudad deseada.

Es increible lo que se ha adelantado en Francia últimamente en las vias de comunicacion, y lo que se han perfeccionado los caminos de hierro á medida que se han ido extendiendo. Ahora ocho años para ir del Havre á París se gastaban dos dias, y se tenia que ir mas de la mitad del camino en las pesadas diligencias; hoy ya casi no hay puerto de mar que no esté en comunicacion con la capital por su correspondiente linea férrea, y el pasa-

gero encuentra unida á la comodidad que hay en Inglaterra, la elegancia característica de Francia. Las incomodidades y registros de aduana van desapareciendo igualmente, y apénas hay que aguardar un ratito en un hermoso salon, miéntras se descarga y organiza en otro el equipage. Concluida esta operacion, entrega uno su contraseña, se hace una ligera inspección por pura forma, y asunto concluido ; de ahí no mas se coloca el equipage en los omnibus que lo llevan al hotel que se les designa.

Como impelido por una fuerza magnética, me hize conducir al hotel *Chatham*, situado en la calle Nueva de San Agustín al lado del boulevard y de la calle de la Paz. Allí fué donde primero habité con mi hermano en el año de 1842, cuando me reuní con él viniendo de los Estados Unidos : yo quería tener ahora la ilusion de que estaba en su compañía, de respirar la misma atmósfera que ántes, de abrumarme á fuerza de recuerdos. Es increíble el cariño que el hombre conserva á ciertos sitios ; lo fuerte de ciertas impresiones de la juventud ! Desgraciadamente el alojamiento que yo deseaba estaba ocupado, y ya sin este aliciente preferí irme al hotel de los *Dos Mundos*, en la calle de Antin, que se acababa de abrir, y se me había recomendado como muy bueno. Aquí fué pues, en un hermoso segundo piso que senté mis reales para pasar mi temporada de paseo y agrado.

Lo primero que hice fué ir á quitarme el polvo del camino, dirigirme despues de un pequeño descanso á la calle Vivienne, é ir á tomar uno de esos deliciosos baños que solo en Paris se encuentran. Al entrar en la galería, está suspendida una tarifa de las diferentes clases de

baños, y despues de leer la minuciosa lista de precios corrientes, me dirigí al mostrador ó *comptoir* donde está siempre una bonita jóven que es la dispensadora de los billetes. Señora, hágame Vm. el favor de darme un billete, la dije. — ¿Cómo quiere Vm. el baño? me repuso con un acento parisense. — Completo, completo, con todos sus correspondientes accesorios. Me dió pues una papeleta, yo la dí 2 f. 50 y entré á tomar posesion de mi baño.

La disposicion de un cuarto de baños es casi la misma en todos los de primer órden. Consiste en una tina de mármol cubierta con una sábana muy blanca; una mesita con su espejo, peines, cepillo de cabeza, tijeras, etc., y enfrente un pequeño sofá. Al salir del baño toqué la campana y vino el mozo que abrió la puerta: los mozos siempre lo encierran á uno con llave, de temor, sin duda, que se les escape algun pájaro mojado, sin darles la propina de costumbre; yo no falte á ella y salí sin saber por donde empezar mis correrías. Echéme á rodar por los boulevares: atravesé dos ó tres veces el pasage de Panoramas y sus galerías, otras tantas el de Jouffroy, que está en frente; sentéme un rato en uno de los cafés que están al lado, y por último volví al hotel. Həbia, en una palabra, visto á Paris en pocos momentos á lo *recienllegado*; como lo conocen la mayor parte de los mercaderes que vienen á hacer sus compras.

Paris, esta Meca de la moderna civilizacion; esta capital del mundo; este foco de donde parte la luz para toda la tierra; este centro donde acuden todos los extrangeros notables del universo, todas las capacidades, todos los talentos á perfeccionarse, á refinarse en las ciencias y en

los artes; este conjunto de ciudades en una, donde cada cual encuentra lo que le gusta, se amolda á sus deseos, satisface sus caprichos. ¡Oh! sí, esta ciudad *sui generis*, de cerca de un millon de habitantes, es una capital muy diferente de lo que á primera vista se vé; encierra una sociedad y tiene una fisonomía moral que solo despues de muchos años de estudio puede comprenderse. Este Paris verdadero, y hasta cierto punto desconocido, es el que presentaré á mis lectores en breves rasgos, como me lo permite el espacio y tiempo de que puedo disponer.

Los extremos se tocan: hé aquí uno de aquellos dichos paradójicos que son verdaderos axiomas en ciertos casos. Tanto desagradan las dificultades que para procurarse la mínima cosa se suelen encontrar en algunos paises, como la excesiva facilidad con que todo se le presenta al viagero en Paris. Y digo esto, porque una de las cosas qué mas sorprende, es ver al dia siguiente que uno llega, cómo le invaden en el hotel toda clase de obreros llevando y ofreciendo cada uno el fruto de su profesion ó especialidad. Diríase que unos á otros se pasan la palabra para visitar al forastero: desde que amanece empieza el tocar á la puerta: ¿Qué quiere Vm., hombre? — *Monsieur, je suis le coiffeur de la maison* (soy el peluquero de la casa), responderá el importuno. A pocos momentos vuelta la campana: *Monsieur, je suis le tailleur de l'hôtel* (el sastre que viene á ofrecerse); y así sucesivamente, el botero, el dentista, el camisero, todos los parroquianos y tenderos, hasta el fabricante de ataúdes se presenta con mil cortesias por si acaso piensa uno utilizar sus servicios. Esta costumbre tiene muchas ventajas, pues sin salir de casa,

todo lo obtiene el viagero. No obstante es tanto lo que importunán queriendo servirle á uno á todo trance, que fastidia. El dentista se esforzará en cogerle á uno la quijada, y en sacarle alguna muela : No importa que Vm. se resista, que la muela esté perfectamente buena; esto no vale, el objeto es que quede uno convencido de su habilidad en el arte. El botero por mas que se le diga que tiene uno mucho calzado, que no necesita ; esto no basta : por bien ó por mal es preciso que se tenga muestras de su trabajo, y cuando ménos se descuida uno, ya le está metiendo el cartabon y tomándole la medida. Son peores que avispas, y se necesita incomodarse para librarse de la turba de esos hombres conocidos bajo el nombre de *fournisseurs*.

Así me sucedió al dia siguiente de mi llegada, y fueron tantos los que me invadieron, que dí orden al portero de que no dejara subir á nadie á mis piezas. Esta providencia tuve que tomar, pues deseando no perder tiempo, había dedicado el dia para visitar cuantos monumentos públicos pudiera, y deseaba estar solo para vestirme y prepararme á salir.

El lector tendrá la bondad de acompañarme en este paseo; y si acaso se cansa, puede tomar un coche y marcharse á su casa, ó lo que viene á ser lo mismo, arrojar el libro sobre la mesa.

Salí del hotel, y sin dirección especial doblé á la izquierda y á las dos cuadras me encontré en la calle de la Paz, una de las mas hermosas de la ciudad. Lo primero, pues, que llamó mi atención fué la columna de bronce que se levanta en medio de la plaza Vendôme, y á cuya cima está colocada la estatua de Napoleon Iº.

Esta columna se hizo toda de los cañones cogidos en las distintas batallas del Imperio, que se hallan figuradas en bellísimos relieves en toda ella. La base es hermosísima y nunca cansa el contemplarla. Cuatro coronas se hallaban ese dia ciñendo el cuello de las aguilas de bronce que están en las esquinas. Parece que acababa de celebrarse el cumpleaños de Napoleon. A pocos pasos me encontré frente á la puerta del jardin de Tullerias en la calle de Rivoli. Atravesé aprisa la alhameda principal del jardin para arrojar un vistazo á esa multitud de amas y ayos que llevan á jugar allí los niños; y volví á salir por la puerta de arriba á la calle de Rivoli, que me llamaba la atencion. Es increible los progresos materiales que se han hecho en la ciudad, lo que se ha embellecido desde que Napoleon III tomó las riendas del gobierno. Se puede decir con toda exactitud que este soberano es el fundador de Paris, y que su fundacion data de 1852. Es verdad que Paris no está todavía concluido, es preciso poner en armonía todos los diferentes barrios que aun se llaman departamentos y que poco á poco se iran incorporando á la metrópoli, de donde resultará que en Francia no habrá mas que una sola ciudad, ó, si se quiere, que toda Francia se convertirá en Paris. A fuerza de centralizar, desaparecen las cuestiones de descentralizacion. La municipalidad está ya estudiando la grande medida se reunir á Paris las ciudades que se hallan en sus cercanías. Probablemente despues del estudio vendrá la realizacion de la medida. Todas las obras grandes que reclamaba Paris, se han llevado á cabo con una prontitud extraordinaria. La calle de Rivoli que yo había dejado extendiéndose apénas hasta el Palacio Real,

y que á continuacion no se veian mas que casuchas desordenadas, ahora la encontraba prolongada hasta el Hotel de Ville, recta, hermosísima, teniendo á sus lados edificios iguales y dispuestos con la mayor simetria.

Pero esto es lo de ménos, la grande obra, el trabajo colosal que desde Enrique IV se estaba proyectando, la union del Louvre con las Tullerias, ya hoy no es un pensamiento, sino un hecho ; se halla completamente terminada. El origen del Louvre es incierto, se sabe solamente que ántes de ser palacio fué fortaleza. Segun la inscripcion que se lee en el pabellon Sully, « en 1541, Francisco Iº comienza el Louvre ; en 1564, Catarina de Médicis comienza las Tullerias ; de 1852 á 1857 Napoleon III reunió las Tullerias al Louvre. » La plaza del Carrousel formada por estos soberbios edificios es la mas grande del mundo.

Despues de admirar este modelo de arquitectura digno de competir con el Vaticano, Caserta, el Palazzo Uffizzi, el Museo Borbónico, y demás maravillas del mundo, entré en el Louvre á ver los tesoros que encierra. Allí perdido en medio de esas innumerables galerías, no sabia en que fijar primero la vista. Recorri el Museo de Antigüedades, esa serie de salones donde se ven bellísimas estatuas, bajo relieves, vasos, candelabros, etc. Aquí es donde se halla la estatua mutilada de la Venus de Milo, uno de los descubrimientos mas preciosos de los modernos tiempos. En el mismo piso están las galerías Asiria, Egipcia, Americana, etc.; el Museo de grabados, escultura moderna, etc. Subiendo por una magnífica escalera de mármol se vá á la *salle Ronde*, notable por su piso ó suelo de fino mosaico : luego atra-

vesando este salon se entra al *Cuadrado* que encierra las pinturas mas escogidas de todo el edificio, como la *Concepcion* del célebre Murillo, cuadro que costó al gobierno francés 125,000 pesos. A la derecha está el salon de joyas que contiene, entre varias curiosidades, los espejos y otros regalos de tocador que le hizo la República de Venecia á Maria de Médicis. La inmensa galería donde están las pinturas de las escuelas antiguas, tiene casi media milla de largo, y contiene 1,408 cuadros. A Napoleon se le debe este conjunto de *obras maestras*, muchas de las cuales volvieron á sus respectivos museos cuando entraron los aliados en Paris.

Al salir del Louvre, tomé por uno de los malecones del Sena, y seguí derecho caminando hacia arriba, cuando al llegar al *quai du Marché-Neuf* me encontré con una de aquellas vistas que consternan, con una de aquellas exhibiciones, no ya de pinturas, sino de desgraciados seres humanos. Sí, allí se vé ese mezquino edificio llamado *la Morgue*, triste y feo como el objeto para que se le tiene destinado. Entré, y al través de una baranda se alcanzaban á ver, sobre unas tarimas inclinadas, tres cadáveres desnudos; á un lado colgaba un par de botas viejas y una cachucha. Dos eran de hombres, y el tercero el de un joven que, al parecer, fué hermosa; y como que había muerto ahogada.

El objeto con que se exponen al público estos cadáveres es para que los reconozcan los parientes ó amigos y los reclamen si quieren; pues si no, los entierran á costa del erario público. No hay duda que es una institucion útil en una ciudad como Paris particularmente; pero el hecho de exhibir públicamente cuerpos desnudos

de nuestros semejantes, á quienes acaso la miseria ó la desgracia les ha hecho darse la muerte, es desde luego inmoral y repugnante. Hombres, mujeres, niños, hasta amas con criaturitas en los brazos están constantemente precipitándose y saliendo para ceder el puesto á otros que van allí á contemplar este tristísimo espectáculo.

Es increíble como se presencia esto en el corazon mismo de Paris, la ciudad civilizada por excelencia; y es de esperarse que el sabio gobernante que hoy tiene la Francia pronto dictará alguna providencia para impedir que vayan allí curiosos á ver cadáveres, ofendiendo así la moral, y aun el pudor de los mismos muertos.

Los mas de los cadáveres que se depositan en la Morga son de personas que se suicidan, que se ahogan en el Sena. Los periódicos diariamente anuncian estas desgracias, que frecuentemente suceden por causas las mas frívolas. Citaré algunos ejemplos sacados de un periódico (*le Droit*).

« Ayer, una muchacha que cuando mucho tendría quince años, subió á la azotea de su casa, *quai des Augustins*, y despues de persignarse, se arrojó al Sena. Al momento varios barqueros que la vieron trataron de salvarla, pero cuando lograron estar cerca de ella ya había expirado, era cadáver. »

« Conducida á la Morga, esta mañana la han reconocido sus padres, y le han dado sepultura. Parece que esta niña había llevado relaciones con un pariente suyo que había tenido que marchar al extrangero, y que esto le ocasionó tal pena que la impelió á la horrible determinacion que tomó. »

Mas prosaica fué esta otra muerte :

« Ernesto B..., de edad de veinte años, habiéndole reconocido el médico, le informó que no viviría muchos años á juzgar por el estado de su constitucion. Tomó el pronóstico tan á lo serio, que no hablaba de otra cosa mas que de su próximo fin. Ayer se le encontró colgado en la garita de San José : se había ahorcado con la corbata. »

Quitemos la vista de estas escenas tristes, y prosigamos nuestropaseo. Pero ¿qué dirección tomar? Pasemos el puente, vamos á visitar ese *cuartel* ó barrio Latino que tanto tiene que observar.

Desde el momento en que se está del otro lado del río, todo parece diferente : las casas, las calles, las gentes que se ven, todo anuncia una civilizacion diferente; creeríase que se penetra en una ciudad distinta, en otra nacion. Al ruido de carruages y magníficos equipages, sucede una gran tranquilidad : en lugar de jóvenes elegantes, de paseantes en corte con su *lorgnon* y muy peripuestos, lo que se vé son blusas, y gentes de aspecto grave, literatos con cuadernos debajo del brazo, estudiantes con sus cabellos á la *malcontent* y con su aire tan natural.

Algunos han dado á este barrio el nombre de la « Tebaida moderna, » y á fé que si se observan los famosos establecimientos religiosos que cuenta, no deja de ser bien puesto. Antiguamente era el sitio de las expiaciones, de retiro para las personas de alta categoría cuando querian, como La Vallière, expiar en el fondo de un convento las locuras de la juventud. Sin embargo las revoluciones han ido variando casi todo; y ya no han dejado de muchas cosas antiguas mas que los nombres.

El *Val-de-Grâce*, por ejemplo, es hoy dia hospital militar; el convento de la Visitacion de Santa María, notable por las virtudes de mademoiselle Lafayette, está convertido en casa de correccion; la célebre abadía de Port-Royal tambien es hoy un hospital; y la iglesia de Saint-Benoît Trinité, un teatro donde los estudiantes y lavanderas del barrio van á aplaudir las comedias y piezas mas extravagantes. Las mismas paredes que ántes resonaran con la palabra divina y las alabanzas al Señor, hoy repercuten los ecos de los delirios de Dumas ó Soulié!

La capilla del Val-de-Grâce es uno de los mejores monumentos de la ciudad; se fundó por Ana de Austria en virtud de una promesa que hizo de edificar una capilla en caso de que Dios le concediera un hijo. Sus votos fueron oídos por el Altísimo, y al cabo de veinte y dos años de esterilidad tuvo á Luis XIV. El altar es una imitacion, dicen, del de San Pedro en Roma. La cúpula, pintada sobre piedra por Mignard, es considerada como la mejor obra al *fresco* que hay en Francia. Aun se conserva el confesionario á donde se acercaba mademoiselle La Vallière ántes de tomar el velo en las Carmelitas.

Pero lo que mas marca la fisonomía de este barrio, es ese inmenso número de academias, colegios é institutos de educacion que por todas partes se ven: es la ciudad de la ciencia y del estudio, pues hasta la atmósfera parece impregnada con el perfume del saber. Sin duda esta creencia es la que distrae á tantos jóvenes del estudio, esperando aprender con solo respirar. A pocas cuadras de distancia y en el mismo radio se encuentran los famosos colegios imperiales de

Luis el Grande, de San Luis, de Enrique IV; el Instituto de Francia, la Escuela Politécnica, Santa Bárbara, la Escuela de Derecho, la Escuela de Minas, la Escuela de Medicina, la Escuela Normal, la Escuela de Historia Natural; en fin, multitud de otros establecimientos de instrucción superior.

Hé aquí una colección de institutos que no tienen rivales en Europa: donde se dá alas al genio, donde se desarrolla el talento, donde se perfecciona el hombre en todos los ramos del saber y de los conocimientos humanos. La Francia monárquica, republicana ó imperial siempre ha querido ser la Minerva de las naciones y brindar á todas las grandes capacidades ancho campo para desarrollarse y lucir.

Desde luego se observa que el sistema que ha predominado siempre en materia de educación, es el mismo que el observado en la administración civil; es decir, la centralización. Parece que se ha tendido constantemente y se ha dado mas importancia á formar hombres eminentes en cada ramo, que á difundir los primeros elementos de la instrucción. De aquí nace que la instrucción primaria ha sido mas desatendida, y relativamente puede decirse que está menos avanzada.

En 1850 el gobierno crió una escuela de Agricultura con nueve cátedras, donde se admiten *gratis* discípulos de cualquier país.

Museos, gabinetes de lectura, librerías, por todas partes se encuentran en este barrio. Entre estas últimas la mejor es la de Santa Genoveva que está en la plaza del Panteón, y cuyas paredes tienen inscriptos por fuera los nombres de muchísimos escritores célebres.

Pero el instituto mas afamado por su antigüedad es la Sorbona, donde se dan clases por los hombres mas eminentes de Europa. El edificio es de aspecto lóbrego, triste, y siempre reina un silencio sepulcral en él. Diríase que las lenguas muertas han espantado á las vivas y echádolas fuera de su recinto. La tumba y monumento del cardenal Richelieu está en uno de los salones de la Sorbona. Este monumento es considerado como el mejor de Francia, todo de mármol, y obra del célebre Girardon. El cardenal está representado en una posición muy natural, recostado sobre la estatua que indica la Religion y que es la duquesa de Guyon, su nieta; á los pies se ve postrada la duquesa de Fronsac, personificando la Ciencia.

El hotel de Cluny es uno de aquellos edificios del siglo XV, compuesto útimamente por el gobierno, y convertido en Museo de objetos de la edad media. En su interior se vé la cama en que durmió Francisco Iº, duque de Valois, y varios muebles por el estilo antiguo. Este parage es una moderna Pompeya; un eslabon que une la cadena del lujo romano que desaparece, con la aurora del esplendor y magnificencia aun mayor de Francia.

Mas abajo, en la rue de la Harpe, tenemos el monumento mas antiguo de Paris; los restos y escombros del palacio de sus Césares. Fué aquí que en 360 se proclamó emperador á Juliano. De lo que queda aun en pie, poco hay notable, excepto el lóbrego pasadizo que era antiguamente el *frigidarium*, ó sea cuarto de baños frios, y el subterraneo donde estaban los baños calientes. Esta reliquia se conserva con esmero y cuidado extraor-

dinario. Las naciones, al contrario de los individuos, siempre desean que se les recuerde la edad.

Pensaba llevar al lector á la Guillotina y á las Catacumbas, pero faltándonos un permiso especial, sin el cual no se pueden ver, nos dirigiremos al mejor cementerio de Europa.

Dos son los campos santos ó cementerios principales donde se depositan los restos mortales de los parisienses, á saber : el Monte Parnaso, fuera de la barrera del mismo nombre, y el Padre Lachaise, el mayor de todos los cementerios europeos. El primero se ha reducido hoy á contener los restos de la clase pobre ; habiendo el segundo entrado en moda como mas hermoso. Esto no es broma : hasta para la última morada quieren los franceses lo mas elegante, lo mas bello ; y muchos hay que si supieran que no se les daba sepultura en este sitio, serian capaces de no morirse ; así como hay otros que están anhelando constantemente por que llegue el venturoso momento en que cortándoles la Parca el hilo de la vida, vayan á figurar sus esqueletos al lado de los primeros generales de Napoleon.

La construccion de los cementerios franceses tiene una cosa que les es puramente peculiar : en lugar de aquel aire rural, de aquellas alamedas cubiertas de árboles y flores, en lugar de ser un verdadero campo donde no se respire mas que naturalidad y donde solo encuentre tranquilidad el que venga á llorar sobre la tumba de un ser querido ; son unas verdaderas necrópolis. El Padre Lachaise con sus calles, trazadas matemáticamente, con esa multitud de monumentos tan apiñados, mas parece una ciudad que otra cosa. Hay monumentos de

todas clases, magníficos como deben ser en la capital de la Francia. Sin embargo la generalidad de las familias manda construir una casa verdadera de piedra, donde se va enterrando juntos, unos al lado de los otros, á cada miembro de ellas. Los propietarios tienen la llave, y pueden ir allí á llevar alguna corona de cipres para ponerla sobre algun sepulcro; ó á rezar y elevar alguna oracion á Dios por el descanso de las almas de sus parientes: todos los monumentos tienen su altar perfectamente adornado.

En medio del desorden natural, pues se ha ido colo-
cando á cada cual segun el turno, á medida que han
ido llegando, se han dispuesto los sepulcros por sec-
ciones, digamos así, de modo que en esta gran ciudad
hay un barrio donde están enterrados los literatos desde
Molière, Lafontaine para abajo; otro barrio donde están
los famosos músicos como Gluck, Boieldieu, etc.; otro
donde se encuentran los actores dramáticos empezando
por Talma; otro en fin, donde se han colocado en hileras
á los principales mariscales de Napoleon, como Massena,
Suchet, Lefebvre, Monge. La distribucion por profesio-
nes está perfectamente hecha; y si de repente resuscita-
ran, tendrían la satisfaccion de verse al lado de todos sus
colegas y compañeros.

Uno de los monumentos que mas llaman la atencion
es el de Abelardo y Heloisa, aunque realmente no es una
obra de sumo gusto, ni muy á propósito para el caso.
Los dos sepulcros están uno al lado del otro debajo de
una especie de iglesita de estilo gótico. Ni la construc-
cion, ni el epitafio recuerdan la pasion de los dos
amantes. ¡Quién hubiera podido confiar á Chateaubriand

ó á Lamartine el cargo de escribir este epitafio ! Las trinitarias, los cipreses y las inmortales cubren siempre esta tumba.

Mas poética, aunque los difuntos son ménos conocidos, es la que se halla á pocos pasos cubierta por una modesta reja de hierro dorada. Son dos esposos cuyos sepulcros se hallan juntos : del fondo de cada uno sale una mano que estrecha la otra, y mas abajo se lee esta inscripción :

Hasta la muerte.

Otro epitafio que me gustó mucho por la expresión, es el que se vé en una sencilla lápida :

Toda mi dicha está ahí !

Las correspondientes coronitas de inmortales blancas, con su letrero negro que dice : « Amor, recuerdo, » cubrían esta losa modesta, pero mas expresiva que muchos monumentos.

Hay algunos epitafios que llaman la atención por lo raros y aun ridículos. Sobre un famoso mausoleo se lee :

A la muy digna, preclara, excelente,
Esclarecida y poderosa princesa
De edad de un dia.

¡Qué poco sientan estos pensamientos que envuelven ideas de orgullo de nacimiento, de posición aristocrática, en el sitio donde todas las condiciones se igualan ; donde reina la verdadera democracia pacífica !

Mas adelante se ve en letras gordas el epitafio de un comerciante, en el cual despues de hacerse la relación de

sus virtudes se concluye así : « Su viuda inconsolable continua los negocios calle de San Denis, nº 349. » ¡ Vaya un epitafio utilitarista y digno de un hombre de negocios ! De milagro no participa tambien que el difunto ha abierto una tienda *sucursal* en el otro mundo.

Se calcula que hay mas de diez y seis mil tumbas, que han costado lo ménos 25,000,000 de pesos. Todas ellas, sin embargo, son de una clase de piedra que no dura mucho, y ántes de que este siglo termine casi todas desaparecerán. Todo concluye con el tiempo, todo perece en esta miserable vida, hasta los monumentos con que se pretende perpetuar las acciones humanas. Por eso el hombre debe tratar de ser virtuoso y conducirse en todo segun los preceptos religiosos, porque no hay mejores sepulcros que el corazon de nuestros parientes que nos sobreviven; ni mas monumentos que la buena fama y reputacion que se legue. Estos no perecen nunca, y son mas preciosos que los mármoles y los obeliscos.

Al salir se notan todavía en caracteres confusos, escritos sobre la portada, las palabras *libertad, igualdad, fraternidad*, símbolo ó divisa política que la revolución de 1848 escribió en todos los monumentos públicos. El gobierno del príncipe Luis Napoleon mandó al subir al poder borrar este letrero, que acaso es el único lugar donde debiera haberlo dejado y donde significa algo. No hay mejor nivel para igualar los hombres que la tumba; despues de la muerte todos gozan de libertad, todos fraternizan.

Cada paso que se dá en Paris revela y trae á la imaginacion algun hecho histórico; cada calle ha tenido su bautismo correspondiente de sangre, sus barricadas,

sus combates; cada edificio sus víctimas, sus mártires ya del furor popular, ya de la venganza del realismo, de las testas coronadas. La Francia con sus revoluciones eminentemente bienhechoras para la humanidad, ha presenciado los dramas mas sangrientos, los espectáculos mas espantosos que ofrece un pueblo entusiasta de sus fueros y de sus libertades, que nada respeta en la embriaguez del momento, y que quiere romper las cadenas de los déspotas y sus sátrapas. Paris es un gran libro cuyas calles son otras tantas páginas manchadas con la sangre de muchos inocentes, pero fecundas en lecciones de historia y experiencia para la humanidad. Siempre que una idea grande se ha propagado en el mundo, Paris le ha dado nacimiento, ha sido su cuna; pero al hacerla triunfar ha dejado por do quiera huellas de sangre; lagos de lágrimas de generaciones enteras.

La enumeracion, pues, nada mas, de los principales sitios históricos llenaría volúmenes enteros. ¿Quién al pasar por la estrecha calle « du Rempart » no se acuerda al momento de la heróica Juana de Arc ? aquí en esta calle recibió de mano de los ingleses una herida.

¿Quién pasa indiferente por el soberbio Hôtel de Ville, sin que al instante no se le venga á la imaginacion los últimos sucesos del año de 1848 ? Tal parece que está uno viendo á Lamartine, segun él mismo se ha pintado, en el balcon con los brazos abiertos, con sus poéticas frases, luchando contra la anarquía, perorando al pueblo y tratando de concitarlo para sostener la república. ¡Esfuerzos vanos !

¿Quién al atravesar la puerta de San Denis no lanza un suspiro de dolor por la gloriosa muerte del ilustrísimo

monseñor Affre? Aquí sobre una barricada murió atravesado á balazos, el ilustre pastor, cuando estaba llenando su mision evangélica; cuando brindara al pueblo la oliva de paz!

¿Quién al pasar por los arcos de la *Conciergerie* no piensa en los horribles asesinatos de setiembre 1792; no recuerda esa época de triste memoria en que los tribunales revolucionarios no daban abasto para satisfacer la sed de sangre? Fué en este edificio que en 1418 se sacrificaron multitud de sacerdotes, de mujeres, de nobles por un populacho furioso que pretendía vengar de este modo los desastres y reveses de Crecy, Poitiers y Azincourt. Fueron las campanas de este fatídico lugar, las que dieron en la noche del 23 de agosto de 1572 el toque de degüello horroroso que despertara la inerme población de Paris. ¡Oh! qué noche aquella! No se oían por todas partes mas que lamentos, ayes de dolor que arrojaban las víctimas, el murmullo de los asesinos que al blandir en los aires los puñales hacian un ruido como el de las tempestades! Paris presentaba el espectáculo de una ciudad tomada por asalto. Los asesinatos de la San Barthelemy es lo mas horroroso que registra la historia.

Los muros de la *Conciergerie* han encerrado multitud de malvados insignes, á la par que infinidad de personajes políticos. — El asesino Ravaillac allí pasó sus últimos momentos. — Fieschi, después que erró el golpe que asestara á Luis Felipe, allí pasó tambien los pocos días que se le concedieron ántes de marchar para la guillotina. La memoria de la desdichada María Antonette tampoco se aparta de esta mansión: — aquí pasaba

as horas enteras librando su infortunio. — El suelo del cuarto donde estuvo encerrada parece estar aun húmedo con las lágrimas que vertiera. — Pero lo que mas celebridad ha dado á estas paredes es el haber encerrado á los girondinos en sus últimos días : — allí pasaron estos mártires sus momentos aguardando la muerte como unos filósofos ; entregados á sus lecturas y diversiones. — Embriagados por el patriotismo, estos apóstoles de las ideas redentoras de la humanidad, allí tuvieron su último banquete ; — allí se despidieron del mundo ; — allí se entregaron á esas escenas tan tiernas que pinta la tierna pluma del poético Lamartine. — Es imposible ver este lugar sin arrojar lágrimas de indignacion al recordar la suerte que cupo á los girondinos. Cuando el hombre sale del cuarto empapado en las ideas republicanas, se figura que sale al patíbulo, y sale contento. — Sí, contento, ¡ quién pudiera morir á lo girondino, por la patria y por la libertad !

La Bastilla era tambien en otro tiempo una especie de «Conciergerie.» Edificio construido á propósito para prisión de Estado, y que aun sus ruinas inspiran hoy terror. — Es un castillo, como decia Sainte-Foix, que sin estar fortificado es el mas terrible de Europa.

Bien sabido es todo lo que ha pasado en la Bastilla. — La historia de esta prisión es la historia de Luis XIII, Luis XIV y Luis XV. — ¡ Hasta el Diccionario enciclopédico ha estado preso dentro de sus muros !

¡ Oh ! si las paredes pudieran hablar, ¡ qué no revelarían esos mugrientos muros que han recibido durante muchos reinados los suspiros y gemidos de tantas víctimas !

Este edificio continuó llenando su objeto hasta que el pueblo pudo respirar, y en un solo dia despues de ciento y treinta años de sufrimientos despertó la nacion, y vengó los males de la humanidad destruyendo la prision, echándola abajo en medio de las aclamaciones generales. — Sobre las torres de este símbolo del despotismo, se puso despues del triunfo este letrero ó anuncio :

Ici l'on danse.

¡Aquí se baila! — Sarcasmo lleno de ideas; — digno reemplazo de la inscripcion que pareciera tener ántes la Bastilla de ¡aquí se gime!

Multitud de sitios y edificios notables se han transformado. — Hoy por ejemplo el convento de San Agustín, que por muchos siglos fué donde tenian lugar los sínodos y parlamentos, está reducido á mercado público; — el de los Jacobinos es una prisión; — y el de los Cordeliers ha venido á parar en salones de anatomía. — Varios otros edificios célebres antiguamente, hoy son ó almacenes, ó restauradores, ó prisiones, ó mercados. — Donde ántes estuviera el convento de las Santas Hermanas de Santo Tómas, se ha levantado el famoso templo de Mammon, lo que es hoy dia la *Bolsa*. — A la santa palabra de la modesta y religiosa monjita ha sucedido la destemplada voz del agiotista; esos mismos sitios donde ántes estuvieran los corredores del convento, hoy están convertidos en salones para los *corredores*; y en un campo donde se libran combates terribles por compañías de especuladores.

CAPITULO VII

Diversiones de Paris. — **Espectáculos públicos.** — **Teatros.** — **Actores y actrices.** — **Jardines y bailes.** — **Extranjeros.** — **Gobierno parlamentario.** — **Sociedad parisiense.** — **Aristocracia.** — **Bourgeoisie.** — **Alojamientos.** — **Exigencias de los propietarios y servidumbre de los inquilinos.** — **Diálogo entre una señora y una portera.** — **Restauradores.** — **Diversos tipos.** — **Clase obrera.**

No en valde se ha considerado siempre á Paris como el centro de los placeres, como la ciudad por excelencia para divertirse el hombre. No hay en efecto distraccion posible que no se encuentre, desde las mas frívolas hasta las mas serias ; desde los titeres para los niños, hasta los espectáculos mas grandiosos y extraordinarios del mundo. Paris es, en una palabra, un teatro continuo, un espectáculo incesante. Capitales hay en Europa, como Londres, Viena, Madrid donde se goza de magníficas diversiones ; pero en ninguna parte como en la capital de Francia. Paris reune en su seno todas las distracciones imaginables, y lo que es mas singular, al alcance de todas las clases dé la sociedad. Las hay de toda especie, y de todos precios ; aun las hay que no cuestan nada, que son desde luego las mas baratas.

Salga el viagero á la calle, no mas, y ya tendrá diversion, aunque esté de mal humor. Desde que pone el pié en el porton del hotel, ya es preciso detenerse ; alguna orquesta ambulante compuesta de violines, flautas y harpas, estará tocando preciosas piezas en el patio, solo con la esperanza de que los huéspedes le arrojen algunos pocos sueldos. Al andar algunas cuadras, ya

tendrá que incorporarse en algun círculo á ver esos jugadores de manos, como el que está siempre en la plaza de la Magdalena, que hacen prodigios. Y en fin, si quiere perder el dia entero, no hay mas que penetrar en ese mundo encantado de los Campos Elíseos. Allí no dá un paso sin encontrar algo que le llame la atencion : conciertos donde se oye tocar divinamente el violin á los mancos ; maromas donde bailan los cojos ; cubiletes donde el marido mete á su muger dentro de un zapato ; pruebas de habilidad donde los ciegos ensartan agujas, y de agilidad donde los muchachos se vuelven un arco, se paran de cabeza ; teatros donde representan muñecos y *polichinelles*; sesiones de pruebas y experimentos físicos, de galvanismo, electricidad, etc.; niños, montados en caballitos de madera y móviles por un torno, jugando á la sortija ; mugeres mancas y cojas bordando divinamente, cargando escopetas, haciendo, en fin, prodigios con los tronquitos que les quedan ; magnetizadores, prestigjadores, acrobatos, gimnásticos, ventrílocos, toda clase de juglares públicos.

Veamos en el ramo de espectáculos los teatros, nada mas. El primero que se halla es el Teatro Francés, donde se representan las bellísimas comedias de Molière, y las famosas tragedias de Corneille y Racine, en una palabra, es el teatro clásico, el *rendez-vous* de todos los literatos que van allí a perfeccionar el gusto, á beber en las fuentes de la antigua é inimitable escuela. Desde luego todas las piezas se ponen en la escena lo mas á lo vivo posible, y los actores y caracteres diferentes conservan siempre en las modas y trajes antiguos una fidelidad extraordinaria. Cuando está uno viendo cualquier tra-

gedia, se transporta á los tiempos pasados, á los verdaderos lugares donde tuvó nacimiento; tal es el rigor que se observa en la tradicion, que la ilusion no puede ser mas completa. Acaso sea esto un mal, cuando convierte el teatro en una escuela de malas costumbres como sucede con piezas de Alejandro Dumas y de Scribe, y por consiguiente le hacen tomar una tendencia contraria á su verdadera mision. Un ejemplo de esto tambien son esas piezas en que se exponen ante la juventud todas las intrigas de las corrompidas cortes de Luis XIV y Luis XV.

El gobierno pasa anualmente al Teatro Francés una suma en calidad de subsidio con el objeto de fomentar el buen gusto, y sostener la buena escuela francesa, y la verdadera literatura dramática. Los actores que generalmente se ven en sus tablas son los mejores comediantes, y es aquí donde se goza de las famosas tragedias en que sale siempre desempeñando el primer papel la célebre mademoiselle Rachel, la gran trágica de la época. El que desee verter lágrimas, experimentar emociones, que vea á la Rachel en la Fedra ó en Atalia, y si no logra su objeto, yo le prometo que no tiene sentimientos, que su alma es de hielo, y su corazon de bronce.

El Odeon es una especie de segunda edicion del Teatro Francés, pero en pequeña escala. Es el refugio de la gente ilustrada del barrio Latino, en donde todas las piezas del teatro antiguo se representan igualmente. Bocage y mademoiselle George fueron las columnas que sostuvieron por mucho tiempo este teatro, y el alma de todas las representaciones.

Vienen despues, en segundo lugar, el teatro de la Puerta

San Martin, el Gimnasio Dramático, y las Variedades. En todos tres se dán dramas y comedias de la moderna literatura. Tienen además la ventaja de unir siempre algunas petipiezas graciosas, baile, piezas de tramoya, y otras cosas que hacen muy variadas y divertidas las funciones. Es en estos teatros, indiferentemente, que se logra ver á Bouffé el primer comediante de Europa; á Federico Lemaitre, el héroe de todas las piezas y dramas de A. Dumas, y á los graciosos Achard y Numa.

El Vaudeville y el teatro del Palacio Real son los dos puntos donde se divierte mas el parisiense. Todas las piezas mas *charras*, todos los sainetes mas extravagantes, se representan aquí por los actores mas cómicos y graciosos del mundo. Desde luego, es un poco *libre* el género y estilo de todo lo que se presenta al público así como los modos de los actores. Las actrices no son de una moralidad muy sentada, y por lo general son muchachas que hacen su *début* gratis, por tal de atraer con sus gracias algun admirador y amigo. Por consiguiente, estos puntos no son frequentados sino por la gente de buen humor. Un padre, si tiene una hija educada en buenos principios, jamás consentirá que ella asista á estas escuelas de corrupcion. El teatrico del Palacio Real, sobre todo, suele dar comedias y piezas tan extrambóticas, farsas tan raras, verdaderas *charges*, como dicen los parisienses, parodias ridículas de las demás piezas en voga en los otros teatros sembradas de alusiones graciosas, que para el hombre que no es muy escrupuloso son, por cierto, de una gran diversion. Los retruécanos abundan, por supuesto, y forman una parte principal de todas las piezas. Es en este teatro que

se goza viendo al célebre Levassor, al curioso Grassot, al gracioso Brasseur, al simpático Ravel, al rarote de Leménil; todos entes cuya figura sola es un sainete vivo que al presentarse en las tablas provoca la risa de todo el público. Estos son los cómicos de los cómicos, si puedo expresarme así, los del género llamado bufon, que agrada á todo el mundo. El cómico espontáneo, el gracioso de buen gusto, el actor autor, es Arnal que sostiene hoy la reputacion del Vaudeville. Por los títulos de algunas de las piezas que se representan en el Palacio Real podrá el lector juzgar de lo que serán : *Amor de gata*, *Leche de burra*, y otros extravagantes por este estilo.

Para que nada falte en materia de teatros, y todas las clases de la sociedad se diviertan, ahí está el teatrito de los niños¹, dirigido por M. Comte, y que tan protegido fué durante el reino de Luis Felipe. Desde luego todo es adecuado al objeto : el local pequeñito, el escenario parece un juguete, y los palcos todos en miniatura, hechos á propósito para la concurrencia. Esta se compone, naturalmente, en su totalidad de amas de brazos, *bonnes*, ayos con sus correspondientes chiquillos, y que hacen un alboroto espantoso miéntras está el telon caido : unos piden dulces, otros gritan de gusto, otros cuentan lo que acaban de ver, otros rien, y no pocos piden en acento lloroso que sus amas les den el primitivo y sustancioso alimento con que hemos sido criados todos los mortales. Pero al momento que se corre la cortina, y empieza la representa-

¹ Hoy se ha convertido en Bouffes Parisienses bajo la dirección de M. Offénbach.

ción, el mayor silencio sucede á la algazara; los niños no quitan la vista de los actores, con las manitas juntas y la boca abierta listos para largar la carcajada y palmotear. Algunas veces se anticipan á aplaudir, y otras en medio del silencio, cuando se está oyendo el pasaje mas interesante y patético, de repente se oye un chillido terrible procedente de los tiernos pulmoncitos de algun infante. Como he dicho, los actores que representan son igualmente niños, aunque algunos ya grandulones, y que, á juzgar por el modo de hablar, han principiado á ser gallitos. *Las piezas*, sin embargo, son siempre escogidas, y se tiene cuidado que encierrén la mayor suma de moralidad posible; aunque á la edad de los espectadores no se comprende nada, y solo se goza del espectáculo con la vista. Es por esto tambien, que siempre hay baile, canto y frecuentemente su parte de fantasmagoría y ventriloquismo en cuyo arte se distingue M. Comte. Es curioso estar en el teatro cuando llega esta parte de la función: naturalmente se deja la sala á oscuras enteramente cuando empieza la fantasmagoría, y cuando se representan figuras de demonios con la boca abierta, creciendo en forma á medida que se aproximan al patio y á los palcos, entonces es que principia lo gracioso: unos niños gritan, otros rien, y otros lloran y se asustan de tal modo, que es preciso suspender y encender el gas inmediatamente. Al brillar la luz la calma se restablece, los niños se contentan, se secan las lágrimas, y piden que vuelva á empezar.

Hay una costumbre en los teatros de Paris, y es que durante los entreactos multitud de hombres aturden con diversidad de gritos, vendiendo periódicos ó anteojos. El

grito general es : *La Patrie, journal du soir! le Moniteur! lorgnettes! lorgnettes! demandez des lorgnettes!* — Hé aquí la *Patria*, el diario de la noche! el *Monitor*! — ¿Quién quiere anteojos? — En el teatro de los niños estos gritos se sustituyen por otros de esta clase : *L'orangeat! limonade! la bière! demandez des bonbons!* — Orchata! limonada! cerveza! *Pedid confites!* — Mas le interesa ciertamente á un niño un buen cartucho de dulces, que el mejor y mas bien redactado artículo de la política palpitante.

Y ya que hemos descendido hasta el último escalón en los teatros del género dramático, remontémonos á esos soberbios salones donde se dan funciones líricas y por supuesto colocaremos en primer lugar la Academia imperial de música, conocida bajo el nombre de la « grande Opera francesa. » Este hermoso teatro, que se halla situado en la calle *Lepelletier*, es desde luego, empezando por el local, lo mas hermoso que tiene Paris. Inferior el edificio al teatro de la *Escala* en Milan, en riqueza de adornos y en elegancia, es sin disputa el primero de Europa. Poseyendo la mejor orquesta que se conoce, pues se compone en su totalidad de músicos del Conservatorio, y las decoraciones mas costosas y de mas perspectiva, todas las óperas se dán allí con un lucimiento extraordinario. Este es el punto de reunion de los *dilettanti*, de todo lo mas brillante de la sociedad parisense. En una noche de ópera gozan todos los sentidos : yo no sé en qué consiste, pero siempre le he encontrado á la grande Opera cierto atractivo irresistible : ese salon, algunas veces á media luz, tiene para mí un no sé qué de misterioso y conmovedor,

que creo estar respirando melodías, que de sus preciosas techumbres se desprenden acordes divinos, que están revoleteando siempre los genios de Rossini, de Mozart, de Bellini, interpretados perfectamente por la Malibran y por Duprez.

Durante los entreactos siempre hay una pieza de baile, ejecutado por las primeras bailarinas del mundo. En la grande Opera no solo han resonado sus artesonados con los écos de los primeros cantores de la época, sino que sus tablas han sido pisadas por la Fanny Essler, la Taglioni, la Carlota Grisi, la Cerito y demás notabilidades en el arte de Tersícore.

El gobierno dá anualmente á la dirección 176,000 pesos con el objeto de fomentar el gusto por la música y sostener sus representaciones magníficas.

El Teatro Italiano ó Sala Ventadour, es despues de la grande Opera lo mejor en este género. Está cerrado la mitad del año, el verano casi siempre, y en el invierno se dán las famosas representaciones por la compañía italiana, sin rival hasta el dia, compuesta de Mario, la Grisi, Alboni, Persiani, la Bosio, etc. Concluye muy temprano, ántes de las once de la noche, y es por supuesto frecuentado por la alta sociedad. Es una de las mayores diversiones para un extrangero, y una de las mejores oportunidades para conocer los diferentes matices de la aristocracia, situarse en las puertas de la calle, á la conclusion de la Opera, cuando empieza á salir la gente. Allí se ven las mugeres mas bonitas, así como las figuras mas graves y grotescas. Si al subir al carroaje, se grita al cochero : *Allez !* vamos, ya se puede asegurar que este es un habitante del barrio Santo Honoré ; si le dice : *A l'hôtel !* ya

se sabe que es vecino del barrio San German, y si : *Au logis!* que pertenece al vecindario del Marais.

La Opera Cómica es otro teatro precioso, donde se representan las modernas composiciones de Auber y Donizetti, y las operetas mas hermosas. Es teatro favorito, siempre muy concurrido, por las deliciosas *soirées* que en él se pasan. La suma con que el gobierno le ayuda es de 50,000 pesos anuales.

Hay además multitud de salones donde se dán casi todas las noches conciertos vocales é instrumentales magníficos. Los salones de Erard, de Pleyel y de Herz son los que generalmente atraen mas aficionados.

El *Ambigú Cómico*, los *Délassements Comiques*, las *Folies Dramatiques*, hé aquí otros teatros que habia olvidado ; el Circo del Emperador en el boulevard des *Filles du Calvaire*, y el de la Emperatriz en los Campos Elíseos, son los lugares donde se dán las mejores funciones de equitacion, y donde se ven los acrobatos y *jongleurs* mas notables.

Desde 1807 hasta 1844, las entradas de los teatros produjeron \$ 920,000. En 1847 llegaron á 1,920,000; en 1848, á 1,120,000; en 1849, á 1,220,000; en 1850, á 1,180,000; y en este último año de 1854, á cerca de 2,000,000 de pesos. Esto es lo que se le comunica al gobierno, y que he tomado de datos oficiales; pero como este saca el 8 por ciento para obras de beneficencia, es probable que no se confiesen los verdaderos productos. En 1854, los lugares de diversiones contribuyeron con mas de cien mil pesos para los establecimientos de caridad en Paris.

Se calcula en mas de dos mil el número de actores que

hay en Paris, y por término medio ganan un salario anual de 350 pesos que es una suma escasísima, y si no cuentan con otros recursos no se comprende como puedan vivir estos pobres. Acaso esto explique en parte la vida airada que llevan la generalidad de las actrices. Una de estas, despues de haber firmado su contrato comprometiéndose á representar por 500 francos al año, subia á su caleza acompañada por el director del teatro quien la dijo al darle la mano : «Es cosa entendida, mademoiselle, 500 francos por año. — Sí, respondió la actriz, pero hable Vm. mas bajo, porque yo pago 700 á mi cochero. »

El orígen del teatro en Francia data de 1402, y es sabido que se debe al clero, ó por lo menos que nació con motivo de las diversas tentativas que se hicieron para representar en público los *misterios* de la vida de N. S. Jesucristo. No faltará quien quiera poner esto en duda ; sin embargo es un hecho que asevera la historia. El primer teatro que se estableció en Paris fué en el hospital de la Trinidad, calle de *San Denis*, así llamada en recuerdo del santo que, segun refieren las crónicas, despues que fué ejecutado se paseó por toda ella con la cabeza debajo del brazo, buscando un punto que le agradara para situar su tumba. Al fin se decidió por aquel donde existe hoy la famosa abadía de *San Denis*.

Pasemos ahora á hablar algo de los famosos bailes públicos que cuenta Paris. Es en estos lugares que se exhibe el francés en toda su plenitud, bajo todos sus curiosos aspectos.

Hay muchos bailes y de diversas categorías como ha de presumirse ; bailes que no se dán mas que en verano, y

otros, por supuesto, para el invierno; y en fin, otros cuyos salones están abiertos todo el año.

El mas hermoso de los jardines que se consagran á este objeto es el denominado *Château des Fleurs*, y que presenta cuando se ilumina un golpe de vista muy pintoresco y encantador. Ardua tarea seria, por cierto, la de hacer la descripción minuciosa. Los franceses desplegan en esta materia un gusto extraordinario. Sin embargo, en estos últimos años el *Château des Fleurs* ha perdido mucho de su primitivo esplendor, y no es frecuentado sino por gente de baja laya.

El Jardín de Invierno, por el contrario, cada dia adquiere mas celebridad. El estilo de las decoraciones y adornos es precioso. Despues de pasar por una puerta caprichosa se entra en un jardin espacioso, resguardado del aire exterior por medio de vidrios de todos colores colocados con mucho gusto. Una galería, lo mas aerea, y sostenida por columnitas de hierro va á dar hasta el interior. Por todas partes no se ven mas que flores hermosísimas que embriagan la atmósfera con sus deliciosos perfumes; aquí rosas, cláveles, camélias, sobre todo camélias; mas allá dalias, hortensias, azucenas. En frente á la tropical palma, á la araucanica, al árbol del plátano, véese la planta de la yuca, el cactus, etc. En el centro hay una especie de gruta formada de piedras de todas clases y con cuanta yerba curiosa se conoce. Mas allá cascadas, fuentes artificiales, donde se ven nadar dorados peces, estátuas, grupos, etc. A un lado hay refrescos; á otro, juegos de toda clase; por todas partes espejos colocados caprichosamente en las paredes que están cubiertas de caprichosas enredaderas hechas de

plantas aromáticas, y que se hallan iluminadas por millares de luces de gas. Si á esto añade el lector los acordes de una armoniosa orquesta, las dulces melodías de Mozart, Tolbecque y Strauss, que se mezclan con los lindos trinados de diversos pájaros que se ciernen bajo el cielo de cristal, bien puede decir que se halla transportado como por ensalmo á las regiones del Oriente, ó que está soñando con el jardin de Armida que pinta el Tasso.

La sala Valentino adornada á lo morisco forma un verdadero contraste con el Jardin de Invierno. La sociedad tampoco es de lo mas granada de Paris, las mugeres que allí van son únicamente *camélias*, *grisetas* y mugeres de vida poco arreglada. La parte masculina no es por consiguiente del mejor tono. La policía está siempre alerta para impedir que las cuadrillas se conviertan en cancanes é indecencias. Este salon es muy frecuentado por los extrangeros de todas partes, los cuales, sea dicho de paso, se conocen en estas lugares á la *legua*, al momento. No solo se les distingue por el aire que es peculiar á cada nacion, sino en el modo de vestir que tienen. Así, si es algun jóven alto, muy tieso, con el cuello muy almidonado y cuyas puntas vienen á confundirse en el centro de la barba, sujetando la cara que casi no puede voltear; por el chalequito colorado de forma cuadrada, y que apénas dista una cuarta del pescuezo, por el lentecito clavado al ojo, ¡ah! ya se puede adivinar que es algun británico, que acaba de llegar del otro lado del Canal: si es alguno de aire espetado, vestido de todos colores, con el cuello doblado, la corbata con el lazo muy bien hecho con todas las reglas de la simetría, el chaleco plateado, cubriendo un pecho muy salido como pavo real,

las cadenotas con enormes *breloques* contenido escopetas, pescados, zapatos, espaditas, buquecitos, trompeticas, que cuelgan del último ojal del chaleco; en fin que en todo parece un oficial de sastre de provincia, aunque llevando ricas telas, ¡ah! ya puede asegurarse que es algun sud-americano, de esa multitud de jóvenes que van á aprovechar el tiempo en Paris.

Entre los mismos franceses nada es mas fácil que distinguir el de la provincia del de la capital, y cuando ya se tiene práctica todas las diversas profesiones se conocen al instante. No es, pues, posible confundir el hombre de tono con el plebeyo, ni el verdadero elegante parisense con el lechuguino de mal gusto.

Los extranjeros son muy aficionados á los bailes públicos, y suelen perder la *chaveta* algunas veces. Los americanos españoles sobre todo, muchos de los cuales no consiguiendo acceso en la alta sociedad, no tienen otro refugio, ni diversion. Las muchachas conocen bien esto y así es que siempre los rodean esperando sacarles buenas pesetas, pues no solo los consideran mentecatos, las muy bravonas francesas, sino ricos á todos, aunque sea algun mercader de menor cuantía, de esos que tan á menudo van á comprar sus pacotillas, ó alguno de esos *pelados*, cuya existencia es un misterio.

Los salones de la *Chaumière* en el cuartel ó barrio Latino son el refugio y diversion de los estudiantes; pero tanto este baile como el de Mabille, la *Chartreuse*, la sala de las Delicias, el Prado, etc., son lugares donde se baila de un modo tan libre, que realmente dá vergüenza asistir á ellos.

Es increíble como se permiten semejantes diversiones.

tan contrarias á la moral pública. El principio ó política francesa parece ser tolerar por fuerza, y reglamentar lo que es imposible evitar; pero en obsequio de la virtud ultrajada y de la civilizacion, hay algunas diversiones en Paris que son verdaderos males, y que de ningun modo debieran permitirse.

Pensaba presentar á mis lectores, en el número de las diversiones, la descripcion de una sesion retrospectiva de la Asamblea nacional, y llevarlo por unos instantes á ese magnífico edificio llamado antiguamente Cámara de diputados, y hoy Cuerpo legislativo, donde se discuten en calma y con reflexion esos proyectos convertidos por la sancion en leyes que aumentan la grandeza y bienestar de la Francia. Sin duda, que con el *gobierno parlamentario* han desaparecido los elocuentes discursos de muchos oradores; pero en cambio, las disposiciones legislativas son mas meditadas, los acuerdos mas acertados, las discusiones mas discretas, la accion ejecutiva mas rápida, la administracion mas desembarazada y la nacion mejor servida.

En todos países, generalmente, los cuerpos colegiados presentan escenas originales, pero en ninguna parte como en Francia en tiempo de la República de 48. Sea debido al carácter vivo peculiar de la nacion, sea resultado de la elocuencia tempestuosa que ha parecido siempre dominar, el hecho es que en todas las asambleas se han visto cosas terribles; del seno de ellas han salido todas las revoluciones, y diríase que la chispa de la elocuencia que ha brillado en los labios de los oradores ha sido producida por un efecto de la electricidad moral y de su terrible relámpago triste presagiador de las tem-

pestades políticas que han estrellado siempre la nave del Estado.

Nunca, sin embargo, se han visto sesiones iguales, ni se habian presenciado escenas mas escandalosas que las que precedieron al golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851. Tal parece que en todas partes los llamados *demócratas* ponen un cuidado especial en desacreditar las instituciones, y en hacer creer á los ojos del mundo que la República es sinónimo de anarquía y desorden, y las cámaras legislativas una barahunda incomprendible, un mercado, una palestra.

Tratemos ahora de delinear ligeramente la fisonomía de la sociedad parisienne.

¿Pero qué es lo que constituye esa dicha de que solo en Paris se goza? ¿Son los placeres que por todas partes se presentan? ¿Cuál es ese encanto tan particular y tan afamado de la vida parisienne? ¿En qué estriba, en qué consiste?

Para responder satisfactoriamente á estas preguntas se necesita un estudio muy profundo de este conjunto de ciudades encerradas en una sola; de esta sociedad parisienne tan *sui generis*, tan difícil de comprender á primera vista. Repito que los cuadros que voy á presentar los delinearé apénas, serán breves bosquejos; pues para entrar á sombrearlos, á mas de ser una tarea muy larga, sería menester la pluma de Mercier, el célebre autor del *Cuadro de Paris*.

La sociedad parisienne puede dividirse en tres clases ó porciones, á saber: — La aristocracia, ó clase alta; la *bourgeoisie*, ó clase media, y la clase baja. Estas forman las dos terceras partes de la población; la otra tercera que

falta y que completa el millon de habitantes de esta inmensa capital, la forma la clase que llamaremos *ambulante*, y que la compone esa reunion de extranjeros que acuden de todas partes del globo, y que se renuevan constantemente.

La primera se ha apoderado de las partes mas hermosas de la ciudad, de todo el *faubourg Saint-Honoré*, de todo el *faubourg Saint-Germain*, de todos los alrededores de la Magdalena, y de casi toda la parte nueva que se extiende hacia los Campos Elíseos, y se viene á confundir con el primer barrio. En todos ellos no hay casi tráfico, reina la mayor tranquilidad, que es lo que apetece el indolente noble que siempre busca todo lo contrario de lo que tiene el pobre; las calles son anchas, espaciosas, muy aseadas, y las casas que aquí se denominan *hoteles*, con sus magníficas fachadas, su patio hermoso, y muchas con jardines en el interior. Si se pasa á las once del dia por estos barrios se nota un silencio extraordinario; tal parece que están inhabitados; los aristócratas hacen el dia noche y *vice versa*. Apénas la señora de la casa, si acaso se acaba de levantar, se encontrará muy repantigada en su poltrona al lado de la cama, con su cofia llena de los encajes mas amarillos (estos son los mas cortos), los piés cubiertos con un hermoso *chal* de Persia, y saboreando alguna tasita del rico café de Moca. A las dos de la tarde ya empieza á reinar alguna animacion; esta es la hora en que se ven entrar algunos visitadores de aquellos que traen entre manos algun empeño; que vienen á implorar la influencia ó valimiento del dueño del hotel. Los pobres ya la llevan larga, pues tienen que aguardar en un pasadizo, y hacer sus *antesalas* de horas

enteras algunas veces ; si es algun ministro no se diga, pues se ve asaltado por millones de peticionarios, los cuales algunas veces se mandan despedir, pues ya ha caido del puesto el ministro, y se salen muy orondos diciendo cada uno para su capote : *Mañana hago mi visita al sucesor para felicitarlo*. Como á eso de las tres de la tarde ya empiezan los billetes é invitaciones á llegar, si es para baile casi todos son por este estilo :

*La marquesa de tal... ó el marqués y la marquesa de *** suplican á M *** que les haga el honor de pasar la soirée con ellos el dia...*

Paris, le.....

On dansera.

Este último rengloncito indica que se debe ir de tiros largos, y que la *soirée* es un gran baile. En la alta sociedad hay su tecnología peculiar, que es preciso conocer lo mismo que las reglas de etiqueta, y todos los usos de lo que en el mundo se llama *buen tono*. La sociedad parisiense, además, tiene sus leyes independientes de todas las demás, que contribuyen al agrado de todos los que las componen. Estas leyes son fruto del estudio de usos antiquísimos, reasumen esa multitud de atenciones que se deben los hombres mutuamente en el trato social ; ese conjunto de finezas y obligaciones recíprocas, que constituyen todas las *petites civilités*, y que hacen de la vida un encanto verdadero. A eso de las cuatro dè la tarde ya las libreas empiezan á prepararse, los cocheros á componer y limpiar los arreos, y el amo tocará para que venga el *ayuda de cámara, ó criado de mano*, á vestirlo.

A poco rato manda poner el carruage, y sale á la calle ; si son las mugeres, este es el momento en que se echan á rodar por las hermosas calles donde viven sus amigas, y que aprovechan para ir dejando de *hôtel* en *hôtel*, no dirémos de casa en casa, una targeta en signo de visita. Aunque las personas estén listas para recibir jamás entran á verlas ; preguntan por ellas, y se contentan con la formalidad que acabo de indicar. Esto en el lenguage del mundo se llama *visitar*, y es lo que cultiva y sostiene las relaciones y amistades. Parece una anomalía que se haya llegado por un extremoso refinamiento á tal punto, que para sostener el trato y las amistades, todos se huyen unos á otros, y lo que tratan, justamente, es de no veerse. Sin embargo, esta es la costumbre en la alta sociedad, cuyo lenguage es puramente el cumplimentario, y en cuyo trato recíproco todo hay, ménos afecto y sinceridad. A este grado han conducido la sociedad las ideas que sobre esa materia se han adoptado en este siglo de egoísmo y puro positivismo. En el mundo las palabras son muy galantes, pronunciadas con suma gracia ; pero vacías de sentido. Todas son exterioridades, maneras, ademanes, cortesías, fórmulas, salutaciones, en una palabra, cumplimientos. Una visita á la *española*, larga, de recíproco placer, por verdadero gusto en ver y conversar con la persona, seria considerada en estas regiones sociales como una *vulgaridad* extraña al buen tono. Jamás se visita para hablar, y siempre se habla para no decir nada. Hablan exactamente como visten : con gusto y lujo, pero con holgura y superfluidad. Las gentes de mundo sin embargo, siempre pretenden pasar por hombres de *esprit*, talento ; y si no lo tienen

jurarán que es por su propio gusto que no quieren tenerlo. Es una sociedad, desde luego, que agrada á primera vista; el aire, el modo, el gesto, las acciones, los modales, la mirada, el tono de la voz, todo, todo, hasta el acento está sometido á ciertas reglas, y se trata de que sea lo mas agradable posible. Jamás se disputará, las opiniones, las ideas, hasta las preocupaciones, todo se queda en el dintel de la puerta, ó se mitiga miéntras se está en sociedad. El saber recibir su *mundo*, como llaman, se ha convertido en una verdadera ciencia, ó mejor dicho en un arte. A todos se atiende igualmente; todos están siempre contentos y satisfechos en esta sociedad. Una aparente familiaridad cubre el amor propio, y el abogado, así como el militar, el hombre de corte como el empleado, todos fingen, por lo menos, parecerse en maneras; no se ve mas que lo que califican de *nuances*, matices, diversidad de tintes; pero nunca colores dominantes. Todas las profesiones se distinguen, pero están amalgamadas, y unidas por el lazo de la urbanidad y la política.

Esto es lo que se entiende por l'*élite*, lo mas escogido, la sociedad por excelencia de Paris. Es un gusto positivo frecuentarla por el concierto que reina en ella; todos los instrumentos están siempre acordes, y si por casualidad hay la mas ligera disonancia, al momento el tono general restablece la armonía. Sin embargo esto no basta, no llena; pues la confianza, los desahogos del alma, la intimidad, la amistad verdadera no existen. No hay los encantos de la cordialidad, los goces de la estrechez y familiaridad. El corazon de la alta sociedad en Paris es de hielo; está anonadado bajo el peso de los efímeros placeres, y las formas del mundo.

Pero si no hay vida *cordial*, no puede negarse que la *intelectual* existe en el seno de la alta sociedad. Por la misma razon que es un mosaico donde se ven todas las primeras notabilidades de todas las carreras, todas las ideas nuevas se ponen en tela de conversacion, todas las grandes cuestiones al orden del dia se tratan, y con tino y propiedad. Muy estolido sera, por cierto, el que no se pula, por lo menos, ya que no se instruya, con el roce constante de esta sociedad. Las mismas mugeres, cuyo principal objeto es agradar y lucir por otro estilo, adquieren, sin embargo, con el reciproco trato de gente ilustrada, tantos conocimientos, que realmente pasma oirlas hablar. ¡Qué gracia en el decir, qué modo de expresarse tan original, con que arte discuten todas las cuestiones! Por mí sé decir que creo que la muger parisienne que posee el verdadero *esprit*, vale mucho mas que el hombre mas *espiritual*, ó de mas talento. No es aquel saber frívolo, aquella instruccion pedantesca que tienen algunas mugeres de las que nosotros llamamos *bachilleras*; es un modo tan natural, una manera de pensar y hablar con la mayor propiedad siempre, fruto de un estudio profundo de los hombres. Estas mugeres no se encuentran sino en la alta sociedad, y por mí, lo confieso con franqueza, siempre he temido lanzarme en discusiones con ninguna de ellas; en breves momentos lo envuelven á uno con la mayor facilidad.

La alta sociedad vive siempre con el mayor lujo posible; los hoteles son verdaderos palacios, amueblados del modo mas exquisito y tratando de imitar lo mas que se puede el estilo antiguo. Salones he visto yo de algunos

de estos aristócratas, cuyos techos están pintados y adornados con tal riqueza, que con lo que se ha gastado en ellos habría para comprar una casa de un hombre modesto. Hay mucho, realmente, de puro capricho.

Despues de las visitas por la tarde viene el infalible paseo al hermoso bosque de Boulogne, y cuando se regresa ya de noche, se sirve la comida compuesta de los manjares mas deliciosos. Esta concluye á eso de las nueve ó diez de la noche, que es la hora en que se va á la Opera ó á los Italianos ; por supuesto ya ha pasado lo menos un acto de la funcion ; pero esto es justamente el tono. Saliendo del teatro se va á los bailes ó *soirées*, en los cuales se pasa toda la noche.

Aquí tienen pintada brevemente nuestros lectores, ni mas ni menos, la vida que lleva un *grande parisien*, la cual no varía sino allá por el verano en que van, ya á sus casas de campo, ya á los baños de Spa ó Baden Baden, á sacudir un poco los perfumes de los salones.

Veamos ahora como vive la clase media, la *bourgeoisie*, como se llama : en castellano no encuentro otra palabra que exprese bien lo que indica la francesa.

La *bourgeoisie*, de seguro, como en todas partes sucede, es la gran mayoría, y se extiende por toda la ciudad. Familias tan decentes se encuentran en el faubourg Montmartre ó Poissonnière, como en el Marais ó barrio Latino, segun los recursos mayores ó menores con que cuentan. Desde luego es preciso sentar aquí como una verdad, que si hay alguna clase verdaderamente dichosa en Paris es esta ; vive como quiere, y donde mejor quiere ; goza de cuanta diversion está á su alcance ; de nada se preocupa, ni inquieta ; y libre de las trabas y ceremonias del gran

mundo, no piensa mas que en el presente y en pasarlo bien. Si el aristócrata afecta despreciar al *bourgeois*, este á su turno hace otro tanto, y *ne s'en fiche pas mal*; están pagos, nada se le dá. En ninguna parte se realiza mas completamente aquello de que la verdadera felicidad no existe sino en la humilde medianía. Si la dicha y aun la riqueza no es otra cosa sino el poder satisfacerse todos los deseos y tener tranquilidad, ¿no ha de encontrarse en la clase que no está devorada por ambiciones, que limita sus gustos contentándose con poco?

El *bourgeois* no tiene *hôtel* naturalmente, ni *logis* tampoco; vive en una de esas *casas* que yo llamaría *mixtas*, y que solo en Paris se encuentran. Una de las cosas que primero se notan al llegar, es la construccion de estos nidos de familias : en América y sobre todo en el continente español, vivimos en casas que cuando mucho tienen dos pisos, con vasto interior; los cuartos y corredores extendiéndose tanto que á veces con dos casas se llena el espacio comprendido en una manzana. Vivimos, si me es dado expresarme así, *horizontalmente*; miéntras que el francés, y sobre todo la clase de que me ocupo, vive *verticalmente*; los que se mueren, puede pues decirse, en este geométrico lenguage, que no quieren vegetar mas en esta miserable *esfera*, y que se escapan por la *tangente del círculo* de la vida, ó, por la *diagonal*, del curioso *paralelógramo* donde han pasado sus días, y que paso á describir.

En general estas casas no tienen patio; pero todo lo que pierden en anchura, lo ganan en altura, pues tienen seis y hasta nueve pisos; de modo que el volúmen es el mismo, y acaso mayor. Al entrar hay una modesta puerta

sobre la cual suelen colgar algunas tablas con letreros parecidos á este : *Appartements à louer, présentement ; On loue l'entre-sol, s'adresser au concierge ; Appartement de garçon fraîchement décoré*, y otros por este estilo para indicar al público que se alquilan piezas. Al entrar á un lado del zaguán está un cuartito sobre cuya puerta se lee esta palabra : *concierge* ; es el cuarto del portero, personaje importante que recibe todas las cartas, paga los portes, dá todos los recados, guarda la llave del cuarto cuando el inquilino sale, distribuye las lámparas de noche, y siempre está alerta á la voz de : *Qui vive !* Abre el portón, de noche, sin moverse de su cama ; al oír la frase de ordenanza : *Le cordon, s'il vous plaît*, tira un cordon que tiene al lado y que comunica con el cerrojo de la puerta. Esta es una comodidad en Paris, pues muchas veces se entra ó sale despues de media noche, se golpea, y aun no se ha acabado de decir, *s'il vous plaît*, la comedida frase, cuando ya se ha abierto. Algunas veces los porteros se levantan á la carrera, con el gorro blanco, y en ajustados calzoncillos, todos medios dormidos, y hacen reir á cualquiera con su estrañaria figura. Al subir la escalera, que siempre es de *caracol*, lo primero que se encuentra es el *entre-sol*, piececitas cuyo techo es muy bajo y donde jamás se vé el sol aunque lleva el nombre; yo se lo cambiaria por el de *entre oscuro*. Generalmente estas piezas se solicitan por personas que ejercen alguna profesion, como médicos y dentistas que suelen exhibir en las puertas las *quijadas* con hermosas hileras de dientes, las muelas puestas sobre encías tan bien trabajadas, que tal parecen naturales. Disgusta que haya personages que para atraer al vecino y recomendarse en su profesion, le esten *mostrando* siem-

pre los *dientes*. Despues sigue el primer piso que se compone de un zaguán ó entresala, un salon, dos alcobas, comedor, cocina, despensa, ó cuarto para guardar comestibles, etc. La distribucion, número de piezas y demás, es la misma en los otros pisos siguientes, no variando sino la calidad de los muebles; en el primer piso, por ejemplo, los sofás estarán forrados en seda; en el ultimo acaso lo estén en la saraza mas barata, ó tal vez sin forro alguno. En Paris el lujo, y por consiguiente el precio de los aposentos, está matemáticamente hablando, en razon *inversa* de la elevacion de las casas. Así es que el último piso, siempre está habitado por la gente que quiere vivir mas económicoamente. Con frecuencia es la mansion de los poetas, que por lo general les gusta vagar por las regiones aereas, y ocupar una posición *elevada* en su casa, ya que no pueden tenerla en la sociedad.

Fácil es comprender que cuando una casa de estas tiene sus nueve pisos todos ocupados por inquilinos, forma una poblacion de tres ó cuatro cientos personas que viven no bajo el mismo techo, sino hablando, con mas propiedad, encima del mismo entresuelo, ó bajo un comun tejado. En una casa habitada de este modo suelen encontrarse inquilinos de todas profesiones; lo cual es una gran ventaja; todo lo tiene uno á la mano, ó mejor dicho á los piés. Pero en cambio tiene sus inconvenientes fatales. En primer lugar, si el vecino que ocupa el alojamiento contiguo ó superior, es algun maestro de baile, ya está uno fastidiado todo el dia; desde que amanece, todo el santo dia estará saltando, haciendo piruetas, *entrechats* ó bailando polkas y mazurkas; de modo que tal parece

que se desfonda el techo. Si se tiene al lado algun aprendiz de flauta ó de violin, ya puede uno contar con seis ó ocho horas diarias de repasar escalas, y regitros, que harán estremecer al ménos nervioso. O bien si toca de compañero de casa algun dentista, no podrá uno ménos que estar oyendo berrear; cada raigon que salga será una puñalada para el huésped.

De pocos años á esta parte los alojamientos no bastan al aumento de la poblacion y han encarecido extraordinariamente: los propietarios de casas tienen exigencias ridículas, y los porteros, que son sus agentes, las exageran todavía llevándolas á veces hasta la inhumanidad. Cuando una persona se presenta solicitando habitaciones, se ve obligada á sufrir un interrogatorio que debe decidir del arrendamiento y de su precio. Un dia me encontraba en la portería de la casa de un amigo que yo iba á visitar, y no hallándole me puse á escribirle dos palabras en mi tarjeta. Estando en esto tuve ocasion de oír el siguiente diálogo entre la portera y una señora que solicitaba alojamiento.

— « ¿Tiene Vm. habitaciones sin amueblar? preguntó esta última.

— Sí, señora, respondió la portera, tenemos en el tercero, cuarto y quinto piso.

— ¿Cuántas piezas tiene cada aposento?

— Cuatro piezas con fuego; cocina, comedor y un gabinete á la inglesa.

— ¿Cuáles son sus precios?

— Eso depende. ¿Tiene Vm. caballos?

— No.

— ¿Perros?

— Tampoco.

— ¿Toca Vm. piano?

— ¿Qué le importa á Vm.?

— Mucho : el inquilino del segundo piso se marcharía de la casa si oyese un piano.

— Yo no toco, pero una de mis niñas sí.

— ¿Tiene Vm.. niños y no lo había dicho? En tal caso tomará Vm. el quinto piso pagando 200 francos mas.

— El quinto piso no nos conviene, porque mi marido sufre del corazon y no puede subir tan alto.

— Lo siento infinito.....

— Muchas gracias; es Vm. muy buena.

— Lo siento infinito porque el propietario no quiere entierros en casa. »

La buena señora dejó en paz á la portera temiendo contrariar al propietario.

No se crea que el conjunto de familias y personages que habitan una misma casa, vive por eso en intimidad. Lo raro es que muchas veces ni se conocen los vecinos. El comunismo arquitectural, si puedo expresarme así, dista mucho de producir el socialismo : duque ó plebeyo, condesa ó camélia, religioso ó perdulario, abogado ó estudiante, pintor ó dentista, buenos ó malos, ricos ó pobres, todos viven encerrados dentro de los mismos muros; y las mas veces desconocidos y sin conocer á sus compañeros y vecinos.

Muchas familias de la *bourgeoisie* no se toman la molestia de tener tren de cocina y otros requisitos que forman lo que se llama un *ménage*. Nada de eso : París es una ciudad en que se suple cuanto hay, y por supuesto hay mil

medios de allanar y subvenir á las necesidades domésticas.

Ahí están esos *restauradores*, donde se encuentra cuanto se apetece, á todas horas y por todos precios: desde la comida de un sueldo, donde se tiene opcion á lo que se pueda pescar con un solo golpe de tenedor; aunque sea una suela de zapato, hasta los restauradores de *Very*, *Tres Hermanos* y *Vefour* en el Palacio Real, donde se encuentran todos los prodigios del arte culinario para satisfacer al gastrónomo de apetito mas desordenado. Las familias pues, tienen lo que se llama el *embarazo de la elección* (*l'embarras du choix*): pueden comer, si quieren, en salones inmensos llenos de gente, pero en su mesa separada *à la carte*, es decir segun la lista de precios que se halla sobre la mesa en un librito muy bien empastado; ó bien en comunidad, en mesa redonda, *table d'hôte*; ó bien en restauradores como el *Dîner Européen* del Palacio Real, donde se come aparte como en los otros, pero donde la comida es igual para todo el mundo, y se anuncia afuera, á la entrada desde por la tarde. Todas las comodidades se han tratado de reunir; todos los gustos se han tratado de conciliar. Curioso es por cierto el espectáculo que suelen presentar los restauradores sobre todo el domingo, dia en que el parisiense come siempre *en ville*, y en que multitud de familias de la *bourgeoisie* se van á regalar con algunos buenos bocados. Úntrese en cualquier restaurador á eso delas cinco de la tarde, y si se encuentra lugar para sentarse ya tiene uno cosas que observar. ¡Qué gentío! ¡Qué furor gastronómico! ¡Qué diversidad de tipos! En una mesa se verá instalada toda una familia compuesta del padre, la madre, y dos ó tres niñitos, que se hallan tan

á son aise como si estuvieran en su casa. El padre hablará de sus asuntos mas privados al compás que come sus docenas de ostras; y los niñitos con sus servilletas amarradas al pescuezo llenan su deber como si fueran ya gente grande. A un lado se verá algun estirado inglés recien *desempaquetado*, estudiando la carta y dando sus órdenes; aquí se vé un militar, mas allá un empleado, con su cinta de la Legion de honor en la casaca leyendo muy tranquilamente el *Constitucional*, miéntras se le sirve; acullá algun español no queriendo pagar la cuénta so pretexto de que le cargan en ella el valor de una flauta; y alegando que él no se ha comido flauta ninguna. Mi buen ibero no cae en que este es el nombre que se dá en Paris á unos biscochos largos, que tienen la forma de aquel instrumento. En un rincon se vé á un jóven de aspecto lánguido, que casi no pasa alimento ninguno, y no le quita la vista á la *demoiselle* del *comptoir* ó mostrador: diríase que se la quiere comer, en lugar del sabroso salmon que tiene sobre la mesa. Los criados andan arriba abajo despachando á todo el mundo con una habilidad extraordinaria: es admirable ver como trabajan y atienden á cada uno: aquí lo llaman para pagar la cuenta, mas allá le dan una orden; muchos lo necesitan á un tiempo, le piden quizá el mismo plato compuesto de mas de veinte modos diferentes. A todos sirve sin equivocarse, con prontitud y con la mayor amabilidad; contentándose con tres ó cuatro sueldos que cada restaurado le deja sobre la cuenta al marcharse, y que van á parar á un gran jarron que adorna el mostrador, donde reunen todos sus propinas para repartírselas por la noche.

Es del seno de la clase pobre que salen todas esas mujeres *dependientes*, que despachan en los almacenes, en los establecimientos, tiendas, etc., que llevan los libros, extractan las cuentas, las mandan cobrar, reciben el dinero, en fin ejercen las ocupaciones mas importantes en el comercio de la ciudad. El que funda una empresa ó abre un establecimiento, no tiene que preocuparse en buscar tenedores de libros como en otras partes : nada de eso, la muger los tiene; y le ajusta á cualquiera las cuentas sin equivocarse nunca en un céntimo. En algunas partes, particularmente en los cafés, adoptan como medio de especulacion el tener siempre muchachas bonitas en el *comptoir*, medida ó idea que surte muy buen efecto ; pues se aumenta siempre el número de consumidores y consumidos. Esta costumbre, sin embargo, esta incumbencia de las mujeres en los negocios y despacho de todo, es una de las cosas que mas agrada en Paris. ¡Cómo se palpa prácticamente la utilidad de la muger! ¡Cuán claro se nota que es el alma de todo y el eje de la sociedad! Los extranjeros que en pocas partes hemos visto establecida esta práctica, no podemos ménos de alabarla y gozar de ella. ¡Cuántas veces he entrado en una de esas lujosas tiendas de la calle de la Paz á comprar un par de guantes sin necesitarlo, solo por el gusto de que una linda parisense de talle esbelto y de blanco cuello, venga con festiva sonrisa y delicada mano, y me los ponga dedo por dedo, con una gracia extraordinaria? ¿Con qué gusto no le echara uno el guante á.... la cara? Muchas veces he pagado con tal placer los 3 fr. 50 consabidos, del valor de la mercancia, que hasta gana me daban de dejar el cambio... de aflojar-

los *cinco*, de dejar la pieza entera aunque perdiera el pico.

La *bourgeoisie* es generalmente llana y amable en su trato; cortes, pero siempre interesada. Si se obtiene algun favor de ella, es preciso compensarlo. Esto es lo terrible en las sociedades adelantadas de nuestra época: nada se hace de corazón, por placer ó por agradar; todas son semillas que se siembran para obtener su competente y recíproco valor de cambio. En Paris no temo decirlo, no hay mas afectos que los que pueden obtenerse á trueque de monedas; no hay mas amor que el dinero; y si uno no posee este elemento, ya puede contar con que perdió su felicidad.

En la clase *baja* comprendo toda la población trabajadora, todo ese inmenso número de operarios que tiene la industria parisienne. Esta se halla tambien diseminada por toda la ciudad, pero habita especialmente el barrio Montmartre, el faubourg du Temple, Saint-Denis, el faubourg Saint-Antoine, etc. Las solas dos calles de Saint-Martin y Saint-Denis contienen mas de cien mil trabajadores. Las gentes viven incómodas, apiñadas unas sobre otras; pero contentas, no piensan mas que en el *métier*, en el trabajo. Con su blusa azul y su cachucha que les dura mucho tiempo, sus gastos son muy limitados; y con tal de tener, ó ganar lo suficiente para pasarlo medianamente, jamás se inquietará el obrero parisienne. Tres cosas sí le son indispensables para la vida: el café, el vino y el pan; y si hemos de decir la verdad, una pipa de barro bien *culottée*, como dicen ellos, tambien entra como un elemento necesario. El carácter de esta clase es bueno en general, pero altivo

é independiente : conoce bien lo que la sociedad debe recabar de ellos ; pero como inteligente que es, comprende sus derechos, y rara vez se los deja arrebatar impunemente. Es por esto que siempre que el trabajo les ha faltado, que se han visto obligados como sucedió en 1848 á vender su ropa para comprar pan, han sobrevenido esas crisis horrorosas que han estallado al fin en revoluciones, que han amenazado la existencia misma de la sociedad. Los habitantes del faubourg Saint-Antoine, particularmente, siempre han sido temibles y notables por su energía y valor. Es del seno de ellos que han salido en todas épocas los corifeos, los tribunos del pueblo, los jefes de banderías, los Santerre, los Marat.

CAPITULO VIII

Miseria. — Pauperismo. — Casas de beneficencia. — Montes de Piedad. — Caridad. — Especialidades. — Agencia matrimonial. — Prosperidad en Francia. — Obras públicas. — Datos estadísticos. — Rentas. — Industria y comercio parisiense. — Reflexiones y recuerdos. — Antiguos amigos. — Despedida.

Para completar el cuadro de la población de París, sería necesario presentar aquí esa inmensa porción infeliz que gime en la mayor desgracia ; pero no quiero pintar la suerte, la triste vida ó mejor dicho la miserable existencia que arrastran en el seno de la gran capital millares de seres hermanos nuestros. No, mi pluma se resiste á ello. Esta tarea, por otra parte, ya

la han hecho otros, revistiendo el asunto con un lenguage galano y con el interés del romance.

Presentaré simplemente algunos datos estadísticos, y me limitaré á unas breves reflexiones.

Existeñ en Francia mas de ocho millones de páuperos, no de los llamados *desgreidos* en Nueva Granada, sino de hombres desdichados que vegetan en los desvanes, ó que cual animales viven en subterráneos. Se ha estudiado el modo de adquirir; pero no se acierta á dar á cada hombre un asiento en el banquete de la vida. Este es el gran problema que aun no se ha resuelto; esta es la gran base de la *ciencia social*. Tiempo ha que se han palpado los males sociales y se han previsto las calamidades que el incremento del excesivo lujo trae consigo; pero nadie ha encontrado aun el remedio. Multitud de filántropos animados de los mejores deseos han discutido la cuestión; pero todo lo que proponen como un balsamo ó es inutil é ineficaz, como los falansterios de Fourier, los planes de San Simon, el Nuevo Harmony ó sistema de colonias de Owen, los talleres y castillos en el aire de Cabet, todo utopias irrealizables; ó es veneno como los absurdos propalados por los socialistas y comunistas modernos como Leroux y Proudhon. Unos proponen quimeras; otros para organizar la sociedad y destruir las desigualdades que reinan, empiezan por predicar la ruptura de los lazos sociales desquiciando todo el edificio sobre que estriba la organización social, como es la religión, la familia y la propiedad. Todo cuanto se ha propuesto hasta ahora respecto al alivio de las clases desdichadas, ha sido, triste es decirlo, ó cosas irrealizables, ó disparates que reducidos á la práctica habrían

producido males infinitamente mayores de los que se trata de evitar.

Sin embargo, no han dejado de ponerse en planta algunas medidas, que con el auxilio de otras, que tarde ó temprano dominarán en las sociedades, contribuirán á corregir, ya que no á destruir del todo los males sociales.

En Francia existen 1,433 casas de beneficencia esparcidas por todo el territorio. Los departamentos que cuentan en su seno el mayor número son el de Vaucluse, Vár, Haut-Rhin, Nord, Seine-et-Oise y Bouches-du-Rhône. El departamento del Sena no tiene mas que dos de ellas; pero una, la de Paris, es tan inmensa, tiene tantas rentas á su disposicion, es tal el número de establecimientos que dirige y la cantidad de pobres que protege, que entra por una quinta parte en la totalidad de la asistencia que se dá en toda Francia. Desde 1800, hasta el año de 1855 en que estuve yo en Paris últimamente, el total de las limosnas hechas á los pobres, anunciado oficialmente, ascendia á la enorme suma de ciento y sesenta millones de francos. El valor de lo que producen las propiedades y bienes de estas casas ú hospitales, se calcula en quinientos millones. Y no son estas las solas entradas que tienen; pues ya sabemos que los teatros contribuyen anualmente con un subsidio muy regular. Las rentas de las diferentes casas de beneficencia de Francia son como siguen :

Las de Paris llegan á 12,690,823 fr.; las de Leon á 2,279,990 fr.; las de Ruan á 1,136,908 fr.; las de Marsella á 1,069,257 fr. La cantidad de alimento que se reparte á los pobres figura por valor de 22,191,141 fr. El número de pacientes atendidos en ellas así como en

los hospitales llegabá, en 1855, á mas de medio millon. Como se vé esto es un gran paso y algo consuela al amigo de la humanidad.

Los establecimientos llamados *Montes de Piedad*, de los cuales existen hoy dia mas de 50 en Paris, son un grande alivio para las clases menesterosas. En 1854 el Monte de Piedad recibió 3,400,807 artículos cuyo valor era poco mas ó menos de diez millones de duros! Mas de la mitad de los empréstitos eran sumas que variaban desde un real hasta un duro.

No hay duda que todo esto contribuye mucho á aliviar la miseria; pero jamás la extirpará completamente. Miéntras haya sociedades habrá desigualdades, pobres, y multitud de calamidades inherentes á la especie humana. Las sociedades únicamente tendrán un grado mayor ó menor de felicidad segun la moralidad que reine en las masas, y el grado de progreso que hayan hecho los principios verdaderamente religiosos. El dia en que estos reinen, predominen en el corazon de todos los hombres, la indigencia disminuirá, porque todas las necesidades serán atendidas, y todos los infelices socorridos. ¿Pero cuándo llegará este dia venturoso para la humanidad? ¿Cuándo dominará ó prevalecerá por todos los ámbitos del globo, la moralidad que enseña el cristianismo y la caridad que recomienda?

Es preciso hacer aquí justicia al espíritu de caridad privada que domina en Paris en todas las clases de la sociedad. Las señoras fomentan y organizan frecuentemente loterias en beneficio de los menesterosos, y no solo se contentan contribuyendo con sus bordados, objetos

de arte, sino que escriben á todos sus conocidos apelando á su caridad con la voz de la gracia y de la amabilidad. Otras veces forman pequeños y elegantes bazares en donde tienen el meritorio talento de vender á los ricos los objetos que han reunido.

He presentado del modo mas breve y claro que he podido á mis lectores las fases de la vida parisense. El marco de este cuadro lo forma la vida que llevan ese sin número de extranjeros que constantemente hay en Paris; y los cuales adoptan el sistema de vida que mas les place, ó que está mas de acuerdo con los medios de que pueden disponer.

Hé aquí, pues en resúmen, la vida parisense : su encanto está en su variedad, estriba en que hay toda especie de comodidad y placer al alcance de todas las condiciones. Todo el mundo puede vivir alegremente, pero en particular el jóven de recursos. Para el que es esclavo de sus pasiones, que solo vive para gozar, para extraer del mundo sensual la mayor cantidad de lo que se llama deleite, sin contar en nada la vida intelectual; no hay duda que para un hombre de esta clase, Paris es un Eden, un paraíso, un lugar de gloria. Todo se encuentra mucho mejor de lo que se apetece : es la mansión verdadera del goce material, de la dicha sensual, de ese mundo fantástico que se forja el hombre á cierta edad, y que no deja en pos de sí mas que remordimientos y pesares.

¿Es esta la verdadera vida para que ha sido creado el hombre? ¿No debe aspirar mas que á la satisfaccion de sus instintos animales y de sus pasiones? Responda á esto el hombre moral ; el que ha tenido la dicha de ser

amado sinceramente; el que posee el corazon de una muger virtuosa.

Entre los rasgos mas notables de la fisonomía de Paris, hay uno que merece citarse especialmente, pues es puramente característico de esta Babilonia moderna. Voy á hablar de esa multitud de pequeñas profesiones, de subdivisiones de oficios, que se conoce con el nombre de *especialidades*.

En el estado á que hoy se han reducido las cosas; con motivo de la inmensa competencia que hay en todas las carreras y en todos los ramos, no es posible distinguirse ni hacer dinero en ellas; si no se sobrepuja á los demás, si no se sobresale sobre el nivel de la muchedumbre. Y para lograr esto, se necesita mucho estudio y trabajo; subdividir los ramos, consagrarse asiduamente á una sola clase de materia de las diversas que componen lo que se llama un oficio ó estado. Hé aquí lo que ha dado nacimiento en Paris á las *especialidades*, que desde luego han producido emulaciones ó esfuerzos de tal naturaleza, que han redundado en beneficio de la comunidad; pues la competencia ha traído la baratura, y la emulacion, á su turno, la perfeccion como consecuencia lógica y necesaria.

Obsérvense bien todas las notabilidades de Paris, y se verá que han logrado su reputacion por haberse dedicado á una *especialidad*; en todas las regiones, en todas las clases se nota esto. A nadie es dado obtener una fama general. Así, si hay matemáticos célebres como Sturm y Cauchy, será porque se han quemado las pestañas dedicándose exclusivamente al estudio del álgebra; del mismo modo que un médico como Dubois, se habrá hecho un

nombre por haber estudiado una especialidad. Cualquier sastre, por ejemplo, lo vestirá á uno bien; pero ninguno lo mejor completamente; para lograr esto es preciso mandarse hacer las casacas en casa de Chevreul en la calle de la Paz; los pantalones en casa de Dubois en la rue Grammont; los chalecos en el Palacio Real, y así por este orden, obteniendo aquí y acullá aquello en que cada uno de estos se distingue, tiene un talento particular, es una *especialidad*, en una palabra.

En lo general esto es lo que sucede, aunque, sea dicho de paso, muchas veces se suele llevar buenos chascos apelando á las *especialidades*. Por la misma razon que han adquirido ya un nombre, se escudan á la sombra de él, y no se preocupan mas en sostenerlo. Muchas veces los señores *especiales*, se duermen, como quien dice, sobre sus laureles, y ya no solo no son los mas hábiles en su ramo, sino acaso medianías; *especialmente* si han sacado su patente ó sea *brevet* de invencion. Juan María Farina, fué, por ejemplo, en otro tiempo el primer fabricante de agua de Colonia, y hoy dia no conserva mas que el nombre, la fama; por cierto que hay otros muchos fabricantes del mismo artículo que lo preparan mil veces mejor.

Y hé aquí la raiz de los fraudes, el origen de ese furor por avisos ampulosos, por recomendaciones pomposas y ridículas, que han dado margen al tan conocido *charlatanismo* parisense. Médico ó boticario hay, que porque ha preparado unas píldoras, que la facultad de medicina deja vender, ya es bastante para que lance al mundo millares de prospectos declarando que sus bolitas son el remedio universal. Director de salon

épilatoire hay, que proclamará á la faz de millones de almas, que arranca las pestañas á cualquiera sin mínimo dolor; y perfumista ó inventor de alguna pomada de oso que le hace nacer el pelo á los calvos y la barba á los lampiños. Igualmente todos los días se ven avisos de dentistas que extraen muelas y raigones sin el mas leve sufrimiento, y que recomiendan algun inmejorable elixir. ¡Ay del infeliz que caiga en sus manos, á quien le aplique las tenazas! Le arrancará de un brusco jalon toda la quijada con colmillos y todo; nada le valdrá al pobre paciente protestar contra el engaño, en medio de los mas horribles dolores sujetándose el cachete herido; todo es inútil, el muy bribon de charlatan violador de los *bienes raíces*, declarará riéndose que él no ha sentido dolor, presentándole á la faz, como un trofeo, la preciosa hilera de huecas muelas y dañados raigones.

El furor por las especialidades se ha llevado á un grado infinito en el órden industrial. Los boulevares son un pasage ó mostrador continuado donde se exhiben todo género de ellas en pequeña escala... Aquí, en efecto, en este paseo sin igual, en este salon parisiense, que bien merece este título, se encuentran hombres que no hacen mas que vender los periódicos, encerrados en nichos como palomos; otros que han plantado su banquetita, y que por tres sueldos no tienen mas ocupacion que limpiar botas. En un abrir y cerrar de ojos, con un par de cepillazos apénas, le dejan al pasante las botas mas lustrosas que un espejo; otros ponen su mesita, y están todo el dia echando rasgos para vender plumas ó tinta; otros, cadenitas falsas. Las mesas, bueno será obser-

varlo, están siempre rodeadas de compadres del dueño de los objetos, haciendo como que compran con mucho gusto, para alucinar y engañar al incauto. Otros vendiendo ungüentos é ingredientes para quitar las manchas de la ropa; otros en las esquinas con su paquete de bastones, que persiguen al que pasa metiéndole por la cara las cañas y pomos ó bien poniéndóselas á uno en la mano. En fin no acabaría en muchas páginas de enumerar esa infinidad de pequeñas especialidades.

En el ramo de agencias es increíble las que se cuentan en Paris para cada cosa. ¿Quiere el viagero comprar algo? Se vale de un agente. ¿Quiere ir al teatro, y ya en el despacho se han agotado las papeletas? Con valerse de un agente lo logrará. ¿Desea mandar una carta al extremo de la ciudad? Ahí estará el comisario ó agente que por un módico estipendio la llevará en el acto. ¿Piensa en sacar el pasaporte y el tiempo no le alcanza para despachar por sí mismo todos los requisitos necesarios? No se tiene mas que llamar al agente, hasta los derechos los ahorrará, y será servido inmediatamente. ¿De repente se le ocurre casarse? Pues, señor, esto es lo mas fácil; venga el agente, descríbasele como se desea la muger que por supuesto no se quiere; al dia siguiente ya puede estrechar el indisoluble vínculo; ya le presentará en el altar la inocente y apasionada víctima. Entre las agencias que se ocupan en esta clase de negocios, figura en primera linea la de M. de Foy, establecida en la *rue d'Enghien*, nº 48, que cuenta mas de treinta años de existencia. Está montada en grande, con todo el tren y aparato que exige el argumento de una casa de comercio, tiene *succursales* en Inglaterra, Bélgica,

Holanda y Alemania. Todas las peticiones se admiten, con tal que se franqueen las cartas, y se despachan inmediatamente. Tambien debe ponerse mucho cuidado en especificar claramente las circunstancias que deben reunirse en la esposa, todas las señales minuciosamente, si se desea flaca ó gordiflona; tuerta ó bizca, cadera ancha ó pecho pronunciado; ó en fin, si debe ser perfecta, para, en este caso, no darse la pena de buscar. Esta escrupulosa exigencia es de toda necesidad; pues ya se han presentado casos á M. de Foy, de haber concluido el contrato, cobrado el corretage, firmada por el marido ante testigos la póliza del seguro; en fin, cerrado el negocio; y resultar que al dia siguiente ha sido devuelta la mercancía con cualquier pretexto; unos alegando que M. de Foy los ha engañado, que la dichosa esposa no llenaba las cláusulas estipuladas; no estaba conforme al mandamiento ú orden, otros que era somnámbula. Hasta ha habido devoluciones motivadas porque á la muger le gusta comer trufas todas las noches, y hostezar haciendo grande ruido. Ya se comprende que M. de Foy habrá tratado de precaverse contra estos abusos, tomando todo género de precauciones. ¡Cuántos matrimonios no habrá realizado en los treinta años! ¡Qué institucion tan benéfica que ahorra al parisense pasos y molestias! ¿Para qué perder tiempo en coqueteos ó amores? ¿Cuál es el objeto al tratar la muger?... Si resulta mala, si se pierde ó extravia; pues, señor, con arrojarla á la calle, y poner cuatro renglones en la posta, pidiendo inmediatamente á vuelta de correo el duplicado, ó una tercera de cambio pagadera á la vista, todo está remediado.

En la literatura misma todo se vuelve especialidades, y obras para cada cosa, sobre cada materia. No hay ciencia ni ramo alguno del saber humano, sobre el cual no se haya escrito un *Tratado especial*, solamente *Manuales* para cada especialidad, se han escrito millones que podrían formar reunidos una Biblioteca nada *manual*.

Hay multitud de academias para enseñar todos los conocimientos especiales ; cursos dados por profesores especiales, y donde se prepara al joven para una especialidad cualquiera. Los vicios y crímenes tambien tienen sus catedráticos ó maestros especiales. En la isla de San Luis hay establecimientos donde se forma el pilluelo parisiense, el llamado *filou*; allí se dan lecciones por experimentados profesores, sobre el modo de sacar el pañuelo del bolsillo de la casaca sin que se note; estas clases están siempre, segun dicen, muy concurridas, y producen discípulos muy aprovechados. Cada industria tiene su profesor *especial*, y él modo de cometerla ha pasado á la categoría de las especialidades.

¿El parisiense mismo, hoy no es un ente mas singular? La graciosa y espiritual muger no es una verdadera especialidad?

La Francia es hoy dia una nacion feliz, una nacion que progresá diariamente de un modo asombroso. El francés no tiene, si se quiere, mucha libertad política ; pero goza, en cambio, de garantías, de paz y de seguridad. Entre los crímenes del socialismo bárbaro, y un gobierno, aun cuando fuese despótico, no puede caber duda ; cualquiera prefiere este último. Un país puede con un gobierno fuerte marchar adelante en la civilización ; aunque esté subyugado por una sola voluntad, por

un solo hombre; pero jamás le será dado hacerlo bajo la férula de millares de voluntades. Las doctrinas y los hechos de los socialistas y de los llamados republicanos democráticos, han probado claramente al mundo que en toda forma política es preciso que haya siempre cierto grado de fuerza para reprimir el crimen, y que le es tan indispensable como los elementos con que debe nutrirse para garantir, la libertad. Han manifestado igualmente, en cada experimento costoso para la humanidad, así en América en los Estados españoles, como en Europa en los Estados modernos, que los propaladores y defensores de la república democrática y social, no son mas que unos ambiciosos, que no han querido con sus promesas pomposas é irrealizables sino engañar al pueblo para que los elevara, y que una vez en el poder, han sido los primeros en violar los principios sacrosantos de libertad. Los rojos acabaron con la república en Francia; los socialistas fundaron sin querer el Imperio. Y la Providencia que, aunque permite algunas veces que el mal reine cierto tiempo para que el hombre sepa despues apreciar el bien, vela sin cesar por el destino de los pueblos, le envió un hombre sacado del seno de las prisiones y casi de la oscuridad, para que cual ángel tutelar, *dominara* la anarquía, y que salvando la Francia salvará á un tiempo la civilización europea. Este hombre es el presente Emperador, el sobrino del primer guerrero de la época, Napoleon III.

Léjos estoy de creer que la Francia sea, sin embargo, en su gobierno hoy dia un dechado de perfeccion. Nada de eso; mucho le falta aun para que llegue á este estado, y haga libre al francés á la par que lo hace feliz. Pero es

innegable que Luis Napoleon era el hombre de las circunstancias, que le ha dado un impulso extraordinario á todo, y que si todavía algo falta por hacer, esto lo que prueba es que no es posible que haya hombres sin defectos ni plantear en la tierra el optimismo.

Una de las primeras impresiones que recibe el viagero que visita hoy á Paris, es, como ya he dicho en otro lugar, la admiracion que causa ver tanta obra y construccion de edificios públicos que se han emprendido á la vez; toda la ciudad se embellece, por todas partes no se ven mas que albañiles, preparativos para llevar á cabo todas las mejoras materiales que reclamaba la ciudad. Este grande empeño del Emperador es ciertamente muy laudable, pero ojalá no se consumieran tantos recursos en esto solo, y se atendiera mas á otros objetos, acaso de mayor importancia. La supremacia, la preferencia que en todos tiempos se ha dado á lo *agradable* por lo *útil*, á lo que satisface la *vista* sobre lo que forma el *corazon*, en una palabra al culto de los intereses *materiales*, sobre el desarrollo de los *morales*, hé aquí, en mi humilde concepto, lo que ha retardado en Francia la difusion de los conocimientos en las masas, lo que ha dado márgen á la falta de probidad política, de moralidad pública, que es, por ejemplo, la base verdadera de la república.

Y si queremos palpar esta verdad observemos las immensas sumas que se llevan invertidas en edificios; tratemos de hacer una especie de inventario para formar una idea de los sacrificios hechos para fundar monumentos y cosas de adorno. Veamos :

El Hotel de Ville ó casa consistorial ha costado.	₡ 8,000,000
El Arco de Triunfo	2,086,400
El id. de la plaza Carrousel.	280,000
La columna de Vendome	300,000
La plaza de la Concordia	2,000,000
El palacio de Justicia	2,000,000
El id. Orsay	2,270,000
El hotel de los Negocios extrangeros	2,500,000
El Mercado central	4,000,000
Union del Louvre con las Tullerias	6,000,000
Mejoras en la iglesia de San Denis	5,600,000
Gastado en Versalles por Luis Felipe solamente.	5,000,000
Louvre, decoraciones	400,000
Columna de Julio	240,000

₡ 38,676,400

Napoleon I, durante su reinado, gastó mas de ₡ 27,000,000 nada mas que en embellecer á Paris. Ahora bien, yo pregunto : ¿Será arreglado y prudente que un gobierno que tiene ya una deuda de ₡ 1,083,500,000 sobre la cual paga anualmente de interés ₡ 67,000,000, gaste sumas tan exorbitantes, como las que acabo de presentar, en cosas puramente de lujo y adorno ? ¿Guardarán proporcion estas sumas con las que se dedican á la proteccion de objetos de primera necesidad para un pueblo? Veamos lo que nos dice la estadística. La poblacion de Francia se calcula hoy (1855) en treinta y seis millones de habitantes poco mas ó menos ; en las escuelas primarias hay 2,332,580 discípulos, lo que hace un décimo sexto de la poblacion que se sostiene con ₡ 1,800,000 anuales, de modo que la cantidad que corresponde á cada educando viene á ser de 75 centavos ó seis reales por año. ¿Será esto bastante? No será una rareza que en los Estados Unidos, por ejemplo, se

dediquen mas de siete millones contando por otra parte con una poblacion inferior á la de Francia? Cada niño en Nueva York cuenta con que el gobierno le ayuda anualmente con *tres* pesos, y el pobre *gamin* parisiense apénas logra las dos terceras partes de un peso? Es cosa que sorprende, pero que no por eso deja de ser un hecho, mas se ha gastado en la sola tumba de Napoleon I, que en todas las escuelas primarias de Francia! Antes de 1830 el costo anual de la instruccion primaria en Paris, era de 16,000 pesos escasos; cuya suma se ha aumentado de entonces acá de 250,000 pesos. El número de niños que las freqüentan se estima ser de cuarenta y cinco mil, ó sea $1/22$ parte de la poblacion. Hay además, entre colegios, institutos, academias, etc., en la ciudad, 11,000 púpilos; pero en este número se comprende lo mas granado de la juventud de todas partes del país. El número total de educandos en liceos, colegios y escuelas privadas ó particulares en todo Francia se calcula en 92,231; lo que hace una suma de 2,424,811 niños solamente, correspondiente á los 18,000,000 que tiene la nacion, que reciben alguna educacion. ¿No es esto una desproporcion asombrosa?

Los padrones ó listas que forman al hacer la *conscripcion* militar, enseñan que de cada mil jóvenes que se presentan, solo cuarenta saben leer y escribir, quinientos apénas leer, y mas de cuatrocientos no saben ni una otra cosa, no tienen la menor educacion. Y luego se extrañará que en este país no pueda subsistir la forma de gobierno en que se dá participacion á todos en los negocios públicos!

El costo anual de la *Legion de honor*, es decir de esa

cintica que se ponen en el ojal de la casaca mas de 50,000 franceses, asciende á 1,600,000 pesos; la Prefectura de policia gasta 1,680,000 pesos; el ejército y marina 100,000,000; obras públicas 15,000,000; en pensiones 11,000,000; y á la Instruccion pública solo se destinan tres millones cuatro cientos mil pesos! Estas sumas bien claro demuestran la importancia relativa que á cada objeto da el gobierno, y desde luego se observa, que se pone especial cuidado en fomentar lo superfluo; en sostener la fuerza y el ejército sobre el cual descansa la autoridad, y se descuida la educacion general de las masas. ¿Y un país acostumbrado á este costoso tren, á ver desarrolladas y fomentadas sus fuerzas activas de un modo semejante, podrá ser algun dia republicano?

Otro hecho que habla elocuentemente. En 1855 el número total de jóvenes que recibia educacion, no hablo de la puramente elemental, era de noventa y dos mil, y en las 400 prisiones existian á la sazon 70,000 presos, ó mas de 1/300 parte de la poblacion adulta!

¿Pero como hace el gobierno para subvenir á tanto gasto, de dónde saca tantos recursos? La respuesta es fácil. Las rentas, los ingresos son enormes, las contribuciones muy grandes.

La sal solamente rinde al Estado de seis á diez millones de pesos, y los impuestos territoriales son muy fuertes. Los azúcares contribuyen con 15,000,000 de pesos, y los derechos impuestos á los artículos de primera necesidad que se consumen en la capital suben á mas de 10,000,000 de pesos. La sola contribucion llamada de puertas y ventanas produce al año cerca de un millon de pesos.

Paris es una ciudad industrial de primer orden, y solo la produccion de lo que se trabaja en ella, el ramo de manufaturas de todas clases asciende á casi 300,000,000 de pesos. Hay infinidad de pequeños objetos ó renglones que se fabrican, y que se expenden para todas partes del globo como son botones que figuran por 1,200,000 de pesos; bastones y látigos por 600,000; abanicos por 700,000; flores de mano ó artificiales por 2,200,000; guantes por 3,000,000; paraguas por 1,400,000; perfumería por 2,000,000; pianos por 2,200,000; carteras por 1,200,000; corsés por 3,000,000, de los cuales mas de la mitad se exporta anualmente; géneros para manteles, servilletas, etc., por 6,000,000; caderas postizas para señoras por 800,000 (de este renglon la Inglaterra consume la mayor parte); solo juguetes para niños se hacen por valor de 600,000 pesos. En fin, multitud de otros pequeños objetos y cositas, que se venden extraordinariamente, y en cuya fabricacion los franceses no tienen rivales.

Cuando el gobierno dá la preferencia á lo agradable sobre lo útil, no hace en esto mas que ceder á los instintos de cada francés, dar una prueba de que conoce la nacion que lo ha instituido. El francés, en efecto, es de carácter frívolo, ligero, y no se fija mas que en satisfacer los placeres del momento, á trueque muchas veces de lo mas indispensable. Parisiense hay que gastará en su comida 1 fr. 25 c., en el miserable restaurador del passage de la Opera, donde le darán gato por liebre, y perro muerto por ternera rica, y sin embargo este mismo hombre saldrá, y en medio de los dolores agudos que le produzca el cuadrupedo dañado que se ha comido, se va muy

tranquilo, y gasta sus diez francos en una luneta de orquesta en la Opera. Hay quien vive en una guardilla miserable en el barrio mas recóndito, pasando hambres y miseras, no obstante por la tarde se le verá en el boulevard dando su paseo muy elegante, hecho un *dandy*, y sentándose acaso enfrente á Tortoni ó al café de Paris, y saboreando un helado ó una *bavaroise*, ó un *punch á la romaine*. Y lo mismo que digo de los hombres se aplica á las mugeres. En la mayor parte de las casas, si se observa, tambien se nota al instante la preferencia á lo bonito, con detrimiento de lo necesario y útil.

El viagero que no se para en la superficie de las cosas; que todo lo observa con atención, y que penetra en el fondo de ellas, encuentra, no hay duda, la explicacion de muchos fenómenos de los cuales no todos se pueden dar razon, é definir con propiedad. He presentado estas reflexiones para que se vea que aun cuando el gobierno de Napoleon III es el que tal vez mas conviene á la Francia atendidas sus circunstancias, que á pesar de que propende con una decision y voluntad admirable al embellimiento de Paris, y al bien estar de Francia, no por eso creo que sea el bello ideal, ni el que mas convenga á las modernas sociedades. Las he presentado igualmente para que se palpe las razones que impedirán que Francia pueda ser *núnica republicana*. Como dejo sentado, no es porque los franceses sean de alegre carácter, ni por la topografía del terreno, ni por otras ridículos que se alegan como argumento; sino porque no hay educación republicana; porque hay hábitos y tradiciones monárquicas sostenidos y fomentados por casi todos los gobernantes. La Francia gozará de paz, de seguri-

dad, tendrá dicha ; pero nunca podrá llegar á ser la República deseada por el poeta Lamartine, ni la que fundó el inmortal Washington. En todas épocas, será siempre un pueblo poderoso y adelantado ; pero jamás una nación republicana.

Mi mansión en París fué muy corta en esta segunda vez, apénas estuve veinte y cinco días que aproveché del mejor modo que pude. Todo me sirvió de placer, pero al propio tiempo mil recuerdos que me venían á la imaginación fueron motivo de pena para mí. Multitud de parajes que frecuentaba diariamente con mi hermano, ó segundo padre, me parecían desiertos ahora porque los visitaba solo, porque estaba sin mi querido compañero. El hombre ama los sitios por los hechos de que han sido teatro ; pero los sitios mortifican al hombre cuando desaparecen las actores de ellos. Algunas veces cuando visitaba los establecimientos, donde ántes se me veía siempre inseparable de mi buen hermano, se me figuraba que las gentes lo extrañaban, que me conocían en el semblante, siempre taciturno, el dolor que me causara este cambio, y hasta llegaba á creer, en mi pena, que me compadecían. ¡Oh ! sí, se me imaginaba que se decían interiormente estos antiguos amigos : « ¡Pobre jóven ! ya no tienes quien comparta contigo tus placeres y penas, ya estas lanzado en el proceloso mar de la vida y del mundo, sin nadie para guiar tus pasos. » Y estas tiernas palabras, y estas compasivas frases, tal me parecía que resonaban en mis oídos, y que su eco se iba á extinguir en el fondo del alma !

¡Cuánta variación en ménos de diez años ! El Instituto de Fontenai-aux-Roses, donde primero estuve, ya no

existia; el colegio real de Santa Bárbara, uno de los mas afamados de Europa, célebre por haber salido de sus bancos los hombres mas ilustres de Francia, y donde pasé cuatro años, estaba todo variado; el edificio se había agrandado, la rue de Reims ya estaba cerrada, y una hermosa fachada se había abierto que daba á la plaza del Panteon. Por ultimo la Escuela especial de comercio había decaido enteramente: su director, M. Blanqui, ya no existia. Esta fué una de las cosas que mas impresion me causó, por multitud de circunstancias particulares. Visité la familia que encontré toda desmembrada con la pérdida del jefe y alma de la casa; la hija mayor había casado hacia algunos años; Arturo que era un muchacho de la pension Massin cuando yo vivia en la casa de sus padres, ahora se hallaba en países extrangeros; Julia y Fanny las dos hijas menores que yo había dejado unas niñitas de seis ú ocho años, ya eran mugeres, preciosas señoritas; hasta Octavio, el ultimo chiquito que en aquel entonces arrullaba el ama en los brazos, era un hermoso jóven que estaba ya en *troisième* en el colegio de San Luis. ¡Cuánta transformacion en todos! M. Blanqui consagró toda su vida al estudio, no se ocupó mas que de las ciencias, y aunque su profesion fué la economía política, lo que es para su familia, para sí, jamás supo aplicar los principios que enseñan como se forman las riquezas. Era un sabio, y con esto basta para que todos comprendan que debió morir pobre, como en efecto sucedió; no dejó mas tesoros que sus obras, su nombre que toda la Francia conoce. La familia aunque habitando la misma casa que ántes, ha reducido sin embargo los aposentos, y parece que en todo ha introducido

el cambio que exigia la situacion en que ha quedado. El gabinete de M. Blanqui lo han convertido en sala de recepcion, pasando la antigua á servir de salon para el nuevo director ; la biblioteca que ántes cubria las cuatro paredes, ha desaparecido, y el modesto escritorio de caoba donde se han elaborado tantos famosos escritos y obras, yace cerrado con el busto del escritor encima. Diríase al contemplar su forma, que es á la vez el sepulcro que encierra las glorias y restos del sabio economista. Durante mi visita no pude prescindir de entregarme á mil reflexiones al contemplar el cuadro que tenia á la vista. ¡Tres lindas mugeres, solas en el mundo ! Todas llevando el crespon negro en señal de luto, casi mudas de tristeza ! ¡Oh ! bien merecian la compasion, y el interés con que las observaba ! Yo tambien habia perdido á mi padre. En esos mismos puestos, donde ahora veia gemir á estas pobres señoras, habia pasado largas horas en otro tiempo escuchando en agradable *tête-à-tête* las lecciones del famoso maestro ; allí durante sus grandes veladas en el invierno, me explicaba con asabilidad las dudas que me ocurrian en la ciencia. Allí pasábamos en revista todos los escritores modernos ; allí, la última vez que le vi, tenia en las manos el borrador de los *Sofismas* de Bastiat, y poniéndome, con la franqueza que lo caracterizaba, la mano en el hombro, me dijo : « Aquí tiene Vm., amigo mio, el hombre que nos va á dejar atras á todos los economistas. » Hoy dia ambos genios han bajado á la tumba y sus famas corren paralelas por el mundo. Allí veía yo entrar á la mayor parte de las notabilidades de Francia y de la época : M. de Cormenin, el sabio escritor, era visita diaria ; M. Guizot,

frecuente; Mignet, de todos los domingos; Chevalier, Garnier, Leon Faucher, Horacio Say, constantes casi todas las noches. Todos apreciaban á M. Blanqui, todos oían su voz con gusto y atencion. Allí en fin, se dieron magníficas *soirées* donde tuve ocasion de conocer muchas familias de lo mas escogido de la sociedad. No dejé de hacer varios de estos recuerdos á la señora y á sus dos hijas; pero bien pronto las lágrimas que les corrian por sus lindas mejillas me hicieron conocer que había estado imprudente.

Los antiguos amigos que me servian de corresponsales y me asistian en la ausencia de mi hermano, tambien habian sufrido golpes terribles: dos de ellos habian muerto, y no pude ver al tercero que quedaba.

El tiempo no me alcanzaba para llenar mis deseos, y cumplir con todos. Casi no hubo uno solo que no me obsequiara; así, todos los dias recibia invitaciones y tenia ocupadas todas las horas. No bien me habia presentado en algunas casas y habia sido reconocido, cuando ya fué preciso venir á despedirme, y pedir órdenes. Los dias se me figuraba que habian volado; los minutos me eran preciosos; me parecia un sueño mi permanencia en la ciudad de los delirios. Mas no era así, sino una realidad; yo habia respirado un poco, habia hecho una especie de pausa ántes de emprender de nuevo un larguísimo viage. Ya mi alma se habia fortificado; ya mi espíritu habia tomado vigor: ya, en fin, era preciso pensar en la partida.

Los preparativos, aunque muchos, los hize en un momento, y cuando ya vi puesto en letras grandes sobre mis baules y maletas:

N. T., *Pasagero para la*
CHINA.

(*Via Marsella.*)

HONG-KONG.

fué entonces que caí en cuenta de las distancias y países que iba á atravesar. No teniendo en mira hasta aquí mas que los conocimientos que pudiese adquirir y las utilidades que reportarian las grandes especulaciones que me llevaban á esas tierras, jamás me había detenido á contemplar los riesgos de mi penosa peregrinacion. Los amigos mismos, al despedirme, me apretaban la mano de tal modo; me miraban con tal aire, que conocia que se condolian de mí, que tenian la persuasion de no *volverme á ver en la vida*. La última persona de quien me despedí fué de la preciosa jóven, amiga de mis primeros años, causa de mis primeras ilusiones. Al darle mi trémula mano, sus negros ojos de azabache se bañaron en lágrimas; y sus hermosas pupilas brillaban al través como dos luceros resplandecientes á quienes se interpone una sutil y ligera nube. Y como yo, mustio, la dijera entonces con acento conmovido y labio balbuciente.: Adios! ella al punto exclamó: ¡Ah! por Dios, no diga Vm. así, diga: *¡Au revoir!* esto es ménos triste, mas consolador.

Sí, ¡*Au revoir!* ¡*hasta que nos volvamos á ver!* palabras llenas de consuelo y esperanza, que secan tantas lágrimas cuando se abandona un amigo! Solo á una muger .

que ama podia ocurrírsele esta sustitucion tan llena de sentido; fruto de la sensibilidad, efecto de la pasion! Cuántas veces habré dicho adios! á personas que pienso ver dentro de breve tiempo, y sin embargo, cuántas ocasiones me habré despedido de este modo en Bogotá, en Cuba, en los Estados Unidos, en muchas partes de América, así como en diversas de Europa, de personas á quienes ya no me será dado ver mas en la existencia!... ¡Oh! esto es terrible; Dios nos oculta el porvenir; no quiere que sepamos nuestra suerte, ni sus designios y miras respecto de nosotros; dándonos hasta con esto una pruebá de su suprema bondad; pues hay separaciones que nos causarian la muerte si supiésemos que eran para siempre. ¿Qué seria de mí! cielos santos! si no tuviera esperanzas de ver y estrechar entre mis brazos á mi madre y hermanos?...

Intencionalmente no quise recibir el dia de mi marcha á multitud de amigos que sabia se preparaban para acompañarme al paradero del ferro-carril; dí orden en el hotel que no se dejara subir á nadie, que se me negara. Queria evitarles esta molestia, y al propio tiempo librarme de esas escenas tan tristes que ya me tienen lacrado el corazon. Acompañado de un humilde artesano solamente, me dirigí á la estacion, tomé mi papeleta y partí á eso de las ocho de la noche del dia 9 de mayo. Al dia siguiente, despues de tocar en Leon, y de haber atravesado hermosos y bien cultivados campos, llegué á Marsella á las cuatro de la tarde: en ménos de veinte horas había recorrido mas de ochocientos kilómetros. Dos años ántes habria gastado tal vez tres dias en hacer este viage.